

Serie Profesores Extraordinarios

El 2 de mayo de 2003, el Consejo Superior de la UNGS dictó la Resolución (CS) N° 937/03, de aprobación del “Reglamento para la designación de Profesores Extraordinarios”, categoría contemplada en el artículo 89 del Estatuto General de la Universidad.

El Reglamento prevé la posibilidad de otorgar la condición de Profesor Extraordinario en las categorías de Honorario, Emérito, Consulto y Visitante, respectivamente.*

Asimismo, la norma establece que, en un acto académico de carácter público, se entregará a quienes sean nombrados Profesores Extraordinarios, un diploma y una

* Vale aclarar que la categoría de Profesor Visitante no está dirigida a premiar una trayectoria, sino a prever la eventual convocatoria a profesionales de prestigio a desarrollar tareas académicas temporarias en la UNGS. Por esa razón, no son consagrados en un acto académico en el que realizan una disertación y se les entrega el correspondiente título, como es el caso de las otras categorías de Profesores Extraordinarios. Por eso también los Profesores Visitantes no están incluidos en la presente serie.

copia de la designación y se les solicitará una alocución de interés general.

Las distintas categorías están definidas de la siguiente manera:

- **Profesores Honorarios**

La categoría de Profesor Honorario se otorgará a personalidades eminentes del país o del extranjero a las que, por realizar aportes y/o contribuciones relevantes y significativas para la sociedad, la Universidad decida otorgarles especialmente esta distinción.

- **Profesores Eméritos**

La categoría de Profesor Emérito se otorgará a investigadores docentes de carrera académica en la UNGS que, habiendo alcanzado, en el nivel de titular, el límite de edad fijado por la ley de jubilaciones para el ejercicio de sus funciones, merezcan el reconocimiento mayoritario de sus pares y discípulos, en virtud de condiciones humanas y académicas extraordinarias que los habiliten como referentes válidos para realizar aportes permanentes a la vida universitaria y a la formación de recursos humanos.

- **Profesores Consultos**

La categoría de Profesor Consulto se asignará, solo para atender el desempeño de funciones vinculadas al dictado de cursos especiales o tareas de investigación, a investigadores docentes, profesores de carrera académica de la propia Universidad que hayan alcanzado el límite de edad fijado por la ley de jubilaciones para mantenerse en el ejercicio de sus funciones y que, por sus condiciones destacadas y

la relevancia de su currículum y trayectoria académica, la Universidad estime resulte conveniente contar con su colaboración en el campo de su especialidad.

• **Profesores Visitantes**

La categoría de Profesor Visitante se asignará a profesores investigadores que pertenezcan o hayan pertenecido a otras universidades y/o a los sistemas de ciencia y tecnología o bien a profesionales de reconocido prestigio en su especialidad, en ambos casos del país o del exterior, a los que la Universidad invite a desarrollar tareas académicas de carácter temporario.

En razón de la alta importancia que reviste para la UNGS contar en sus planteles académicos con investigadores docentes que se han hecho merecedores de tan elevada distinción y como una manera de enriquecer el tributo que se les brinda, se ha inaugurado, como parte de la Colección Textos Institucionales, la presente Serie Profesores Extraordinarios, en la que se registran las respectivas alocuciones del acto público de designación de los protagonistas, junto con los comentarios y demás aportes realizados en esa oportunidad.

Los Polvorines, diciembre de 2009.

José Luis Coraggio, Profesor Emérito

Fue designado Profesor Emérito de la UNGS por la Resolución del Consejo Superior N° 4803/13, del 1° de julio de 2013 al 30 de junio de 2015.

Pronunció su conferencia “Otra economía, otra política. Una obstinación latinoamericana” y recibió el correspondiente diploma en un acto académico público llevado a cabo en la Universidad, el 14 de agosto de 2013.

Otra economía, otra política

Una obstinación latinoamericana

Coraggio, José Luis

Otra economía, otra política : una obstinación latinoamericana
/ José Luis Coraggio ; comentado por Susana Hintze. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2014.

128 p. ; 20x14 cm. - (Textos institucionales. Profesores Extraordinarios; 9)

ISBN 978-987-630-168-8

1. Economía. 2. Política Social. I. Hintze, Susana, coment.
CDD 330.82

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2013

J. M. Gutiérrez 1150 (B1613GSX), Los Polvorines,
Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Tel.: (54 11) 4469-7578

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño y Diagramación: Departamento de Publicaciones - UNGS

Corrección: Gabriela Laster



Licencia Creative Commons 4.0

Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd)

Otra economía, otra política

Una obstinación latinoamericana

José Luis Coraggio

Colección Textos Institucionales
Serie Profesores Extraordinarios

Universidad Nacional de General Sarmiento

Rector

Dr. Eduardo Rinesi

Vicerrector

Lic. Gustavo Kohan

Director del Instituto de Ciencias

Dr. Roberto Schmit

Directora del Instituto del Conurbano

Lic. Daniela Soldano

Director del Instituto de Industria

Lic. Claudio Fardelli Corropolese

Director del Instituto del Desarrollo Humano

Dr. Daniel Lvovich

Secretario de Investigación

Lic. Pablo Bonaldi

Secretaria Académica

Dra. Gabriela Diker

Secretario General

Prof. José Gustavo Ruggiero

Secretaria Administrativa

C.P. Daniela Guardado

Secretario Legal y Técnica

Dr. Jaime González

Índice

Reconocimiento y gratitud	
Eduardo Rinesi	15
Acerca de José Luis Coraggio	
Susana Hintze	19
Otra economía, otra política.	
Una obstinación latinoamericana	
José Luis Coraggio	31
Discurso del profesor José Luis Coraggio al asumir el cargo de rector	103
Discurso del profesor José Luis Coraggio al dejar el cargo de rector	115

Reconocimiento y gratitud

Eduardo Rinesi*

El honor es una materia incierta y frágil. Las antiguas mitologías diseñaron en torno a él exigentes catecismos y caprichosas reglas de etiqueta, y la sociología que llamamos clásica hizo de las formas de distribución social de ese problemático tesoro la clave que explicaba la organización estamental de las sociedades. En la Argentina, la historia de la reflexión sobre el honor, o los honores, se confunde con la historia de la misma patria. Mariano Moreno los condena y los prohíbe en su liberal *Decreto de Supresión*, pero los estimula con astucia de manipulador de ensueños en el jacobino *Plan de Operaciones*. Desde entonces, y hasta no hace tanto, mucha gente se ha batido a duelo, entre nosotros, por honor, y hay personas que dicen todavía, cuando les presentan a alguien, “es un honor”.

* Rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Eso ocurre también, y mucho, en las Universidades, que son instituciones muy antiguas que conocen, como parte de una historia casi milenaria, fuertes compromisos con esta idea del honor, que se expresa, por ejemplo, cuando se dice que hay gente que trabaja *ad honorem* o cuando se entrega a alguien un título de doctor *honoris causa*. En nuestra Universidad, sin embargo, por contraste con lo que ocurre en otras instituciones, mucho más añosas, en las que estas prácticas y estos latines son más habituales, tendemos a ser parcos y hasta amarretes en materia de concesiones al sentido del honor, de distribución de distinciones honoríficas y de aprobación de prácticas, rutinas o terminologías que pudieran hacer tambalear nuestro orgulloso espíritu moderno, secular y laico. Está bien que así sea. A todos nos conforma y nos contenta formar parte de una institución que no se piensa a sí misma como dadora de honras vacuas. Nos gusta pensarnos como militantes, no como príncipes valientes; como trabajadores, no como caballeros andantes.

Y sin embargo, hay algo en esta figura del caballero andante que no deja de entusiasmar a nuestra sensibilidad ni de generar nuestro reconocimiento, nuestra admiración y nuestra gratitud. Algo del empecinamiento en soñar sueños imposibles y de la voluntad y de la obstinación en perseguirlos. Esta Universidad se hizo *también* con esos materiales, y José Luis Coraggio fue uno de los obreros notorios de esa construcción. Y entonces, cuando decidimos que la Universidad tiene que reconocer y agradecer esa responsabilidad, ese compromiso y esa insistencia, ese entusiasmo

y esa porfía, particularmente destacable –además– por la dificultad de los tiempos en los que hubo que empeñarlos, algo de lo que menta la vieja idea del “honor” nos viene al espíritu, y sentimos que es de eso de lo que se trata, y sentimos que no nos molesta, y lo agradecemos.

Agradecemos entonces haber tenido el honor, durante todos estos años, de contar con José Luis Coraggio como miembro destacadísimo del cuerpo de investigadores y docentes de la Universidad, agradecemos (le agradecemos en primer lugar a José Luis) poder seguir contando –sin duda por mucho tiempo más– con su ayuda, su experiencia y su trabajo, y agradecemos finalmente poder honrarnos a nosotros mismos honrando a José Luis, a través de la entrega de este diploma, con el título de Profesor Emérito de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Acerca de José Luis Coraggio

Susana Hintze*

La universidad, al igual que cualquier otra institución, genera sus rituales. En todas las culturas existen ritos de pasaje que escenifican el momento en que sus integrantes pasan a un estadio diferente, se abren a un nuevo porvenir. Estamos aquí para la celebración de un ritual especial –aunque haya requerido gestiones previas–; este acto simboliza el momento en el que un profesor ordinario, un ciudadano de la academia, se convierte en profesor extraordinario. Y en el caso de José Luis, en un extraordinario del más alto nivel: un Profesor Emérito, que requiere, según el estatuto de la Universidad Nacional de General Sarmiento, “haber revelado condiciones extraordinarias en su labor académica”.

* Investigadora-docente del Instituto del Conurbano de la UNGS. Especialista en política social. Fue vicerrectora de la UNGS acompañando el rectorado de José Luis Coraggio y secretaria de investigación. Tiene numerosas publicaciones sobre temáticas de política social y economía social.

Como todo ritual, esta ceremonia requiere de ofician-tes. El rector, el propio José Luis, todos nosotros acompa-ñándolo en este momento. Mi papel aquí es hablar de su trayectoria y del camino compartido.

Su amigo Alberto Federico Sabaté me presentó a José Luis en 1972 con la siguiente referencia: “Está poniendo en jaque la teoría de los polos de desarrollo”, predominante en aquellos años en temas regionales. Y si tengo que pensar cómo definir en pocas palabras a José Luis luego de cuarenta años, digo que es un gran cuestionador, un crítico implacable del pensamiento dominante. Como ejemplo veamos cómo y con quién se enfrentaba José Luis en una publicación en la revista *EURE* en 1972, artículo considerado por los especialistas en la temática como un parteaguas:

Una característica del notable proceso de difusión de la noción de polo de desarrollo es que se ha extendido a lo largo de la estructura de decisiones, desde los técnicos especializados hasta los funcionarios locales de la estructura administrativa, desde los estrategas militares hasta los grupos sindicales, e incluso ha sido bandera de movilización de comunas enteras. En el estado actual de cosas, el término polo de desarrollo parece haber perdido utilidad como categoría generalizada de análisis y política, dada la profusión de sentidos que se le adjudican. [...] la difusión del concepto no ha corrido pareja con la práctica real de la estrategia propuesta.

A partir de allí, en ese artículo hacía una pormenorizada y fundamentada crítica teórica para dejar al descubierto

“el componente ideológico de la llamada teoría de la polarización”.¹

Sin embargo, José Luis es un crítico que, a la vez que demuele, construye. En lo que sigue trataré de explicarles cómo lo ha logrado.

Pero previamente, quiero hacer una aclaración para referirme al punto del *camino compartido* del cual me solicitaron que hablara. Ese camino en común es precisamente el que me sitúa en el lugar desde el cual puedo hacer esta reflexión: un camino de acuerdos y desacuerdos, coincidencias y diferencias, pero en el que sustancialmente hemos compartido una visión del mundo y una moral de la vida social. También los dolores de la época que nos tocó vivir (la muerte, la desaparición y la cárcel de compañeros, el exilio) y junto con ello muchas alegrías y satisfacciones, ricas discusiones. También malestares; quienes conocen a José Luis saben que tiene la costumbre de trasladar a quienes trabajamos con él los niveles de exigencia que tiene consigo mismo. En síntesis, mucho esfuerzo conjunto y creativo en proyectos que nos convocaron a lo largo de todos estos años.

Me parece una acotación necesaria para marcar uno de los supuestos de estas palabras. La vida personal e intelectual de cualquier individuo es un gran rompecabezas en el que las piezas se van juntando según quien lo va armando. En ese sentido, el recorte de la trayectoria de José Luis que les voy a presentar es muy personal, es justamente mi

¹ José Luis Coraggio, “Hacia una revisión de la teoría de los polos de desarrollo”, *EURE*, vol. 11, n° 4, Santiago de Chile, 1972.

mirada desde el camino compartido y, por el tiempo disponible, es un rompecabezas incompleto. Es posible que si le hubieran solicitado esta tarea a alguna otra persona resaltara otros aspectos. Sin embargo, quiero marcar un segundo supuesto: entiendo que si con la crítica al positivismo fue descartada la pretensión de objetividad neutral, eso no implica abandonar la aspiración de rigurosidad en los juicios, no “todo vale” en la interpretación de los procesos; trataré de lograrlo pero sin desconocer cuál es el punto de partida de lo que sigue.

Si le aplicamos a José Luis un “contador de producción”, habría que decir que la tarea de *crítico y constructor* la cumplió con unos 30 libros y más de 150 artículos en los que, a lo largo de su vida, fue actualizando sus intereses teóricos pero con marcada fidelidad a su compromiso político-ideológico. Si lo miramos por algo que se mira hoy en día, la referencia en el espacio virtual, hay unos 284.000 resultados cuando uno pone su nombre entre comillas en Google y aproximadamente 1500 citas en el Google Académico, en su mayoría referidas a economía popular y economía social y solidaria, pero también a planificación urbano-regional, descentralización, desarrollo local, participación, educación popular, conocimiento, universidad, políticas sociales.

Si lo enfocamos desde otro ángulo (que me gusta más), a partir de una revisión de su historia como intelectual situado, como alguien que piensa y cuestiona las ideas dominantes en su época para aportar al pensamiento crí-

tico latinoamericano y lo hace desde la razón y la acción, quiero destacar tres facetas en ese recorrido: **el José Luis intelectual**, el pensador que ha dejado su huella en América Latina y más allá; el que **impulsa y construye instituciones académicas** y el que, a la vez que hace lo anterior, se mete en el barro, **el que empuja procesos políticos**.

- Sobre **el intelectual** me voy a detener menos porque de los vericuetos de su derrotero va a ocuparse José Luis en su clase inaugural. Sin embargo, quiero mencionar solamente tres tópicos en los cuales, desde nuestra perspectiva, el aporte de José Luis fue central en eso de cuestionar-construir. Su interés sobre la cuestión urbano-regional lo llevó, años después del artículo mencionado (ya en el exilio en México), a movilizar en 1978 a los investigadores más destacados en el tema en un seminario que luego se convirtió en un libro *La cuestión regional en América Latina* (que se reeditó luego de 30 años hace poco). En su artículo en ese libro, José Luis decía sobre “las bases metódicas” para un replanteo de la cuestión regional:

Se trata de ubicarse, en el interior de un colectivo ideológica y teóricamente heterogéneo, con una firme posición teórico-metodológica y, desde allí, decodificar las aportaciones hechas desde otras vertientes, criticar las supuestamente propias, recuperando su contenido de conocimiento objetivo, si lo tuvieron. Se trata de aceptar abiertamente el reto que proponen otras concepciones, otros énfasis, a la vez que de asumir la propia crisis, sin recurrir ya a los libros sagrados como cobertura del discurso teoricista especulativo. Tampoco puede inter-

pretarse entonces como una propuesta de zambullirnos en el pragmatismo y abandonar la teoría. Por el contrario se trata de refundar la teoría crítica de lo regional.²

Y a eso dedicó mucha reflexión durante muchos años. La tarea aparece sintetizada en un libro importante: *Territorios en transición. Crítica a la planificación regional en América Latina*, en el que recupera “propuestas teórico-prácticas” realizadas entre 1979 y 1982. Fue publicado en 1987 con el trasfondo de la experiencia de “transición asediada” de Nicaragua y en el marco de la incipiente transición a la democracia en América Latina. Tiene un primer capítulo de un alto nivel de abstracción (“Sobre la espacialidad social y el concepto de región”) que sintetiza “las conclusiones de una búsqueda de raíces en el terreno de la filosofía para la ubicación de lo espacial en la problemática social”, seguido de trabajos propositivos y orientados a “politizar la práctica de la planificación regional” así como a cuestiones metodológicas.³ Según los especialistas, marcó caminos en América Latina, es uno de esos textos a los que hay que volver.

El otro tópico al que quiero referirme –porque nos interpeló fuertemente a quienes trabajamos en el campo– es su revisión crítica de las políticas sociales del período

² José Luis Coraggio, “Los términos de la cuestión regional en América Latina”, en José Luis Coraggio, Alberto Federico Sabaté y Oscar Colman (eds.), *La cuestión regional en América Latina*, Quito, CIUDAD, 1989.

³ José Luis Coraggio, *Territorios en transición. Crítica a la planificación regional en América Latina*, Quito, CIUDAD, 1987, p. 12.

neoliberal, del carácter compensatorio del ajuste vía asistencialismo focalizado. Su libro de 1999 *Política social y economía del trabajo* es una muy buena sistematización de sus aportes (que continúan hasta hoy en numerosos artículos). El segundo capítulo, “Una política social en busca de paradigmas”, probablemente el más citado, es una aguda disección del programa neoliberal y sus propuestas técnicas, pero, a la vez, el planteo de una alternativa que requiere la acción desde la sociedad conjuntamente con activas políticas socioeconómicas desde el Estado “a fin de establecer otras relaciones entre la economía del trabajo, la economía del capital y la economía pública”,⁴ temática a la que se aboca específicamente en los siguientes capítulos del libro.

Y esto nos lleva al tercer tópico de su trayectoria intelectual que voy a mencionar, el de la búsqueda de las bases teóricas y condiciones prácticas para el desarrollo de *otra economía*. A partir de sus trabajos pioneros de hace más de dos décadas sobre la economía popular urbana y los siguientes sobre economía social y economía del trabajo, José Luis se ha convertido en un referente latinoamericano con resonancia en Europa y Canadá sobre esta problemática. En esa búsqueda, José Luis ha desarrollado también la tarea de divulgación, la de traducir la complejidad de lo que implica pensar en *otra economía*, y esto es en *otra sociedad y otro Estado*, a un discurso llano y accesible. En el marco de lo que Bourdieu llamaría el “discurso científico” encuentro,

⁴ José Luis Coraggio, *Política social y economía del trabajo*, Buenos Aires, UNGS-Miño y Dávila, 1999.

tanto por el abordaje como por los autores de los que se rodea en sus libros, una vuelta de José Luis en los últimos años a la teorización “dura” en sus indagaciones sobre “Qué es lo económico” y su reflexión sobre el pensamiento de Karl Polanyi.⁵

En un acto académico como este no está de más una mención académica: su trayectoria fue reconocida con becas como la Fulbright-Hays Senior Lecturing Award (1976) y la John Simon Guggenheim, subsidio que utilizó para realizar investigaciones en el área de economía de la transición (1982-1983).

- Sobre el **impulsor de instituciones**. En dos casos José Luis continuó la obra de Roberto Domecq: en el Departamento de Economía de la Universidad Nacional del Sur (del cual fue director entre 1971 y 1972) y en esta Universidad, en la que se desempeñó como director del Instituto del Conurbano (ICO) y luego fue el primer rector electo, entre 1998 y 2002.

Pero hay mucho más. José Luis creó y dirige la Maestría en Economía Social del ICO, es fundador y cocoordinador de la Red Latinoamericana de Investigadores en Economía Social y Solidaria (RILESS). Para citar solo algunos antecedentes, el Centro de Estudios Urbano Regionales del Instituto Torcuato Di Tella tuvo su marca como investigador y director (1968-1976); en los ochenta fue coordinador de investigación en el Instituto Nicaragüense de Investigaciones Económicas y Sociales (INIES); también lo fue de la

⁵ José Luis Coraggio (org.), *Qué es lo económico*, Buenos Aires, Ciccus, 2009.

Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales para Centroamérica y el Caribe (CRIES, 1984); ya en los noventa fue investigador y director de investigaciones del Centro de Investigaciones Urbanas CIUDAD en Quito.

No hace falta que me detenga en la tarea de José Luis en esta universidad, pero quisiera hacerlo brevemente en relación con el Departamento de Economía de la Universidad Nacional del Sur (UNS) porque me permite ubicarlo en una coyuntura tal vez no tan fácil de entender para aquellos que han vivido la mayor parte de su vida en estos casi treinta años ininterrumpidos de democracia. También porque permite mostrar las implicancias de ser un intelectual comprometido en otras épocas de este país y, además, porque entiendo que ha sido un acontecimiento que operó como un punto de bifurcación, de esos que nos hacen preguntarnos cómo hubiera sido la vida de una persona si no hubiera ocurrido.

En 1971, siendo José Luis director del Departamento, una comisión compuesta por profesores (de la que participó) y estudiantes formula el plan de estudios de una Licenciatura en Economía⁶ cuyas materias eran una muy buena combinación de teoría económica (clásica, neoclásica, keynesiana, teoría y política monetaria, de los precios, del crecimiento y distribución y teorías del subdesarrollo) con

⁶ Los lineamientos generales de la licenciatura eran: “a) asimilación crítica del conocimiento acumulado por el trabajo de economistas anteriores o contemporáneos; b) transición creativa de dicho conocimiento; c) expansión de las fronteras del conocimiento; d) acción directa sobre la sociedad para contribuir a su desarrollo integral”. Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía: Plan de Estudios de la Licenciatura en Economía, Bahía Blanca, 1971.

lógica, matemática, historia, concepciones filosófico-sociales y metodología. Llevarlo a la práctica requirió conformar un equipo de profesores de primer nivel, algunos de Bahía Blanca, otros venidos de distintos lugares del país. A pesar de sus pocos años de duración, su influencia fue importante en el conjunto de la Universidad e incluso en otras.

La respuesta de la dictadura militar frente a este proyecto constituyó un caso emblemático de represión al pensamiento crítico, a tal punto que durante años movilizó la adhesión de intelectuales de diversas partes del mundo en solicitadas y en presentaciones en los congresos internacionales de economía. Fue considerado por el Ejército como una conspiración con foco en la UNS para la “infiltración ideológica y sociocultural” que tendría el objeto de formar ideológicamente “delincuentes subversivos”. Entre las pruebas, aportó datos del currículum de los docentes y la bibliografía de las materias de la Carrera de Economía. En el listado de presos y prófugos (entre ellos José Luis) figuraban miembros del plantel docente, alumnos y algunos no docentes del Departamento de Economía y de otras áreas de la Universidad.⁷ Cabe señalar que esta fue, de todos modos, una parte menor de la represión en Bahía Blanca, que incluyó la existencia de un campo de

⁷ Diario *La Nación*, Edición Internacional, año 107, n° 37.597 al 37.603, Buenos Aires, 9 de agosto de 1976. Conferencia de prensa del general Acdel Vilas, jefe del V Cuerpo de Ejército con sede en Bahía Blanca transmitida en directo a todo el país y reproducida en su totalidad por los más importantes diarios y también en revistas de la época.

concentración, desapariciones y muertes de militantes incluso estudiantes secundarios, causas que todavía se están juzgando.

- La tercera y última faceta de la trayectoria de José Luis que quiero destacar es la de **impulsor de procesos políticos**. Por el tiempo disponible, voy a detenerme en dos, desde mi perspectiva, muy significativos: por una parte, su compromiso con la revolución nicaragüense. Ya he mencionado su rol en el INIES y la CRIES. Además de su participación en planos más directamente políticos, son destacables sus trabajos de investigación sobre la crisis en Centroamérica y sus alternativas así como los dedicados al análisis de los procesos económicos con la metodología de subsistemas de relaciones de producción y reproducción. Al respecto es especialmente documentado su libro *Transición y crisis en Nicaragua*,⁸ un excelente estudio sobre el devenir de la revolución sandinista.

El otro compromiso al que quiero referirme es muy actual y es el de José Luis con la construcción de *otra economía* en América Latina. En el proceso ecuatoriano, con el cual está en contacto desde hace muchos años, es particularmente fuerte su peso en la teoría y la práctica de la Economía Popular Solidaria (EPS), nombre con la cual es reconocida en la Constitución del 2008 en ese país. Quienes lo acompañamos en su actividad académica en Ecuador podemos dar fe de la enorme relevancia de las ideas de José Luis en la normativa, en los principios que –por lo menos discursivamente– orientan las políticas, en el papel que en ese país tiene la economía

⁸ José Luis Coraggio y Rosa María Torres, *Transición y crisis en Nicaragua*, Quito, El Conejo, 1987.

popular urbana (que genera el 60% del empleo) como posibilidad de expansión de la parte solidaria de la EPS.

Creo que todo esto ha convertido a José Luis en **un maestro** dentro y fuera de la academia. Maestro de estudiantes de grado y posgrado en esta universidad y muchas otras de la Argentina y América Latina. Maestro de militantes de movimientos sociales y políticos, de funcionarios y de *practicantes* de la economía social y solidaria en esta etapa. Y esto es lo que me parece que estamos realmente celebrando en este ritual de pasaje en el que nuestra Universidad reconoce una trayectoria que la incluye y la trasciende, pero que expresa muy bien su proyecto institucional de universidad abierta a la sociedad.

Otra economía, otra política

Una obstinación latinoamericana

José Luis Coraggio

Estoy muy conmovido por la distinción que me otorga mi universidad, por las palabras del rector Eduardo Rinesi y por la defensa que hizo mi colega y gran amiga Susana Hintze. Todo ello luego de escuchar una versión tan creativa de nuestro Himno Nacional, signo de un tiempo en el que lo pomposo quiere dejar lugar a lo auténtico, a la diversidad, a la interpretación. Esta libertad cantada tres veces en libertad admite no solo agentes repetidores del Himno como institución acartonada, sino actores creativos que le devuelven frescura, emoción y pasión abriendo el camino para ser sujetos no solo de nuestras vidas individuales, sino de los procesos de transformación de nuestro contexto social.

Cuando me anunciaron que iba a haber este acto pregunté qué se esperaba que hiciera y nuestro vicerrector me dijo que un recuento de mi trayectoria personal que, a

la vez, fuera un recorrido por el mundo de los conceptos. Al pensar en la tarea asignada se me cruzó la imagen de la trayectoria de un proyectil, que sube, sube y, o bien se pierde en el espacio, o bien termina estrellándose en el planeta Tierra del que salió. Procuraré evitar que mi historia se encuadre en esa metáfora. Sin embargo, casualmente, comencé mi escuela secundaria en el Instituto D'Elía, en San Miguel, y ahora estoy en el mismo territorio, el ex Partido de General Sarmiento. Un desafío de esta tarea es evitar cuanto sea posible el narcisismo. Para evitar ese posible sesgo y para hacerlo un poco más interesante, trataré de objetivar cuanto pueda haciendo referencia al contexto cambiante y de mencionar y reconocer a algunas personas e instituciones que me dieron oportunidades y estímulos. La historia interna de cada uno solo puede comprenderse a cabalidad si se vincula con el cambiante desarrollo de nuestro contexto inmediato y global. Más allá de nuestras disposiciones personales, las coyunturas pueden marcarnos decisivamente. Comencemos.

Justamente en los años cincuenta recibí el primer impulso: mis padres eran de clase media baja, pero decidieron invertir en mi educación y creyeron que lo mejor era que ingresara a una institución privada, el Instituto D'Elía. Su director, Elicio Pérez Diez, cualesquiera fueran las razones, había logrado convocar a un grupo de profesores fuera de serie: David Viñas, Noé Jitrik, Ernesto Sabato, Eva Giberti, Ramón Alcalde, Félix Luna, Juan Carlos Gené, Virtú Maragno y más, así como a profesores locales como Hugo

Nano, que luego sería presidente de nuestra FUNAS.¹ Lo que pude aprender en esos cinco años, como conocimiento y disposiciones para desarrollar, marcó sin duda el resto de mi vida intelectual y nunca podría agradecerlo lo suficiente. Para mencionar algo, los debates apasionados que impulsaba David Viñas en sus clases de Literatura a la vez que podía ir con nosotros a jugar en el Parque Retiro desmitificando la figura del profesor acartonado y dueño de la verdad.

Otra circunstancia marcante fue que cuando me estaba recibiendo de Perito Mercantil, se estaba poniendo en marcha un ambicioso plan de modernización de la Universidad de Buenos Aires con la creación de un gran número de nuevas carreras de grado. En 1956 me enteré de que Risieri Frondizi, rector de la Universidad de Buenos Aires, había formado una comisión para diseñar el plan de estudios de una nueva carrera: la Licenciatura en Economía Política. Como mi vocación se inclinaba hacia ese campo, para ganar tiempo y adelantar materias, comencé la carrera de Contador Público y cursé materias que creía que seguramente serían validadas para la nueva: matemática, historia, economías introductorias y otras. Cuando en 1958 efectivamente se creó la Licenciatura, me pasé de carrera con esa ventaja y fui parte del grupo de estudiantes que íbamos estrenando profesores, con todas las ventajas y desventajas que eso tenía.

¹ Fundación Universidad Nacional de General Sarmiento.

El Consejo Federal de Inversiones y los polos de desarrollo

Creo que fue en 1959 cuando gané una beca de estudios de la Facultad de Ciencias Económicas y elegí como tutor a Norberto González, un reconocido economista que sería secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y director de Investigaciones del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES). Esto ya me iba ubicando en el espacio de la planificación y el rol del Estado en la gestión de la economía. Por lo pronto, la carrera cubría diversas corrientes económicas (salvo Marx, apenas mencionado) y realmente podía llamarse de “Economía Política”. Esa relación dio lugar a una tercera circunstancia marcante: él me sugirió y propuso para una beca del Consejo Federal de Inversiones para cursar en la Universidad Nacional del Litoral, durante 1961, una especialización como experto en Desarrollo Regional, con profesores del ILPES y del mismo CFI. Obtuve la beca y cursé nueve meses. El CFI, creado en 1959, había sido la primera institución en diseñar planes de desarrollo en la Argentina, antes incluso que el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), creado en 1961 como consecuencia de la Alianza para el Progreso iniciada el mismo año, y que fue la respuesta política oportunista que Kennedy concertó con los gobiernos latinoamericanos a la vez que tenía lugar el intento militar contra la Revolución cubana. Ese fue un caso de procesos globales que pueden

generar instituciones nacionales que luego toman rumbos marcados por procesos locales (el CONADE pasó por gobiernos democráticos y dictaduras hasta que fue cerrado por el neoliberalismo).

Por entonces yo trabajaba como secretario de un escribano y en un grupo de consultoría (al que me había invitado mi compañero de estudios Jorge Katz) dirigido por Hugo Berlatsky, el primer egresado de Sociología de la UBA. El buen resultado que tuve en el curso hizo que el CFI me ofreciera incorporarme a un nuevo equipo de Programación Regional con compañeros, también estudiantes de Economía, como Carlos Barrera, Enrique Melchior y Eugenio Isla, grupo al que luego se sumó, justamente, Roberto Domecq (creo que estas y otras que siguen no son coincidencias, sino cruces de trayectorias inspirados por búsquedas compartidas). Ese equipo, dirigido en última instancia por el secretario del CFI, Alfredo Eric Calcagno, elaboró las *Bases para el desarrollo regional argentino*, publicado en 1963, el primer documento bien fundamentado sobre la situación, las tendencias de largo plazo y las políticas recomendables en ese campo. Casualmente, se contrató a Juan Sourrouille, que luego sería ministro de economía de Alfonsín, para realizar una elaboración de datos como insumo de las *Bases*...

Para ese trabajo se usó profusamente la obra de François Perroux, por entonces denostado por los economistas europeos por ser “guitarrero”, es decir, por tener un enfoque que incluía dimensiones políticas y sociales y no basarse

en modelos matemáticos. Perroux había desarrollado su teoría de los polos de crecimiento, que fue asumida por nosotros en su versión geográfica, representada por Jacques Boudeville: la actividad económica tendía a concentrarse en el espacio geográfico y esas concentraciones se constituían en polos dinámicos de tracción a la vez que de difusión económica en su *hinterland*. Esto se vinculaba con la versión hirschmaniana del desarrollo que habíamos estudiado en la facultad con profesores como Guido Di Tella, Adolfo Canitrot y Javier Villanueva, con quienes, siendo pocos, teníamos seminarios sobre teorías de la acumulación o el desarrollo; y, por supuesto, con el gran maestro que hacía la diferencia proveyendo un riguroso marco teórico: Julio Olivera. La recomendación principal era no dispersar las inversiones, sino concentrarlas en puntos elegidos. Luego de un diagnóstico del territorio, *Bases* proponía determinadas ciudades (en general, pero no exclusivamente, capitales de provincia) en las que deberían concentrarse la inversión y las políticas de promoción pública para frenar la centralización del poder económico en Buenos Aires. Esto se hacía en el marco de una estrategia de posicionamiento geoeconómico de la Argentina, y más ampliamente del Cono Sur, en el sistema internacional.

El mismo François Perroux, autor de *La coexistencia pacífica* y de *La economía del siglo XX*, vino a visitarnos y a conocer el estudio, y lo avaló manifestando cierto asombro por la repercusión que tenía su teoría en la Argentina. Luego procedió a viajar por el interior del país visitando algunos de

los “polos de desarrollo” propuestos, y lo hizo en su calidad de asesor del general De Gaulle.

En lo personal, esta experiencia en el CFI marcó una especificación de mi vocación: la *economía regional*. Mientras tanto, iba avanzando en la carrera con compañeros como Miguel Sidrawsky, Morris Teubal, Héctor Diéguez, Jorge Katz, Oscar Braun y los ya mencionados Barrera, Melchior e Isla, entre otros. También era militante en las luchas estudiantiles, en las que pronto preferí ubicarme como “izquierda independiente”, crítico de las prácticas de las organizaciones en su disputa por los espacios universitarios.

En 1963 la Facultad de Economía puso en marcha, con apoyo de la Fundación Ford, un Programa de Desarrollo de la Escuela de Economía, que consistía en el dictado de cursos especiales por profesores invitados del exterior y el otorgamiento de becas para proseguir estudios de posgrado en universidades destacadas del exterior con el compromiso de regresar a integrarse como profesores a la facultad. Es interesante destacar que casi ninguno de los que viajaríamos con esas becas teníamos completados nuestros estudios de grado y, sin embargo, fuimos admitidos por el prestigio que por entonces tenía la Universidad de Buenos Aires en el mundo. En todo caso, me presenté y obtuve una de las becas; elegí estudiar Ciencia Regional en la Warthon School de la Universidad de Pennsylvania en Estados Unidos. Esta aventura fue emprendida junto con Rosalba Todaro, también estudiante de economía y por entonces mi compañera. Además de ser considerada la avanzada de ese campo

en formación, inventado por Walter Isard, en esa escuela predominaba un enfoque neoclásico y matematizante que quise profundizar, justamente por ser crítico pero querer conocerlo “desde adentro”. Efectivamente, tras muchas matemáticas y econometrías, terminamos estudiando el sistema de equilibrio general diseñado por Isard, que generalizaba la racionalidad del mercado para “bienes” como el amor, el voto, etcétera, y participaba de la emergente teoría de la acción racional.

En medio de los estudios, la Facultad de Ciencias Económicas decidió dar por terminado el programa y nos dejó en la estacada. Fue la Fundación Ford la que decidió continuarlo. En todo caso, eso implicó que nuestra incorporación a la Escuela de Economía al regreso (y la consecuente obligación de terminar la tesis) quedara sin efecto. Completé mi grado de Master en Ciencia Regional y llegué hasta la aprobación de los exámenes preliminares y de mi proyecto de tesis doctoral con la tutoría de Tom Reiner, proyecto referido al conflicto entre equidad y crecimiento regional.

El análisis de lo regional y el Centro de Estudios Urbanos y Regionales

Regresé a la Argentina en 1967 con la tarea de terminar mi tesis llamado por Jorge Enrique Hardoy, fundador y director del Instituto de Planeamiento Regional y Urbano de la Universidad del Litoral (Rosario), que justamente se reubicaba en Buenos Aires como Centro de Estudios Urba-

nos y Regionales del Instituto Torcuato Di Tella, dirigido por Enrique Oteiza. Por entonces también integraban el Centro Alejandro Rofman (con quien habíamos compartido estudios de Master en Pennsylvania), Oscar Jujnovsky, César Vapñarsky, Mario Robirosa, Oscar Moreno y Rubén Gazzoli, entre otros.

En 1969 circuló como documento de trabajo del CEUR un primer documento mío sobre el tema de mi tesis, “Equidad, eficiencia y conflictos entre regiones”, y en 1969 completé mi primer trabajo publicado en *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, en coautoría con nuestro colega chileno Guillermo Geisse. El artículo se llamaba “Áreas metropolitanas y desarrollo nacional”. Al poco tiempo de incorporarme al Instituto, la Fundación Di Tella entró en crisis financiera como consecuencia de la debacle del complejo industrial Siam Di Tella y hubo que procurar recursos propios a través de contratos. Dejé entonces mi tesis (que, debo reconocer, mucho entusiasmo no me generaba ya) para armar y dirigir el equipo de trabajo que preparó una Metodología para el Diseño de los Planes Regionales para el Consejo Nacional de Desarrollo, cuyo secretario en esos años, 1969-1970, era Héctor Diéguez. Para entonces había comenzado un proceso de autocritica sobre las ideas antes compartidas en *Bases*. Por un lado, la relectura de la obra de Perroux me hizo ver que la lectura inicial había estado sesgada a su aspecto espacial, cuando por “polos de crecimiento”, el autor hacía referencia a los grandes conglomerados internacionales que, afirmaba, eran

o iban a ser más poderosos que muchos Estados. Por otro lado, el modelo de desarrollo regional por medio de polos comenzó a hacer agua en mi análisis. Tales polos, impulsados desde el poder económico o político, eran verdaderos coladores que dejaban filtrar los efectos dinamizadores hacia el mismo gran centro nacional y, en cambio, localizaban las externalidades negativas. Y se hacía necesario indagar por las razones para que una propuesta fallida siguiera teniendo hegemonía. Intenté encarar esto en un artículo que se difundió en varios idiomas y me causó problemas con algunos funcionarios del ILPES, que tenían a la teoría de los polos de desarrollo en el centro de sus programas formadores de expertos en desarrollo regional.

Durante la década de los sesenta los problemas regionales han avanzado relativamente en el ranking de los temas tratados por las ciencias sociales. Enmarcado en este avance, un concepto ha ganado posiciones hasta llegar a una situación central en el análisis de las estrategias de desarrollo regional y supranacional, y recientemente ha comenzado a ser utilizado incluso como categoría para el análisis histórico del sistema de regiones latinoamericanas. Nos referimos a los polos de desarrollo.

[...]

... este parece un caso más en que el análisis de las ideas, los conceptos predominantes en una sociedad y su utilización por los distintos grupos sociales pueden arrojar luz sobre las estructuras esenciales de la sociedad misma. En tal sentido el objeto general de este trabajo parcial es la ideología.

[...]

... consideraremos dos vías posibles de revisión, y luego cotejaremos los resultados a la luz de sus implicaciones ideológicas. En primer lugar, un analista técnico “neutral” que se enfrente con los fracasos reiterados de implementación de polos de desarrollo, es posible que concluya que parte importante de la explicación debe encontrarse en la falta de un puente entre el concepto generalizado de polo y los instrumentos de política económica que lo ponen en funcionamiento. En tal sentido cabría intentar, a partir del criterio de operacionalidad, rescatar el contenido técnico del concepto despojándolo de los elementos cuasi mágicos que usualmente se le atribuyen. [...]

Así, surge otra vía de revisión que consiste en analizar cuál es el componente ideológico de la llamada teoría de la polarización para, una vez depurado el concepto, buscar qué tiene de rescatable en términos de una explicación histórica o de una estrategia viable para el desarrollo regional en cada subsistema específico.

La revisión más benigna del “recetario para el desarrollo mediante la implantación de polos” deja una sensación de insatisfacción; de que se escamotea al análisis los componentes esenciales de la propuesta, que tienen que ver con las condiciones reales de funcionamiento de un sistema de regiones en el marco del capitalismo dependiente. Surge así la duda en la corrección metodológica del análisis y su correspondiente estrategia. ¿No se estará intentando aplicar a nuestros países una teoría diseñada a partir de otras realidades, más específicamente, de los países dominantes? ¿No será además que se toman solo los elementos mecanicistas de esa teoría para luego proceder a una adaptación superficial a condiciones azarosas y dejar de lado su contenido esencial?, y, por último, esta estrategia de los polos de desarrollo, ¿no será una cortina

ideológica para ocultar el verdadero proceso de creciente integración de nuestros espacios al sistema dominante?

Y agregaba sobre Perroux:

Pero el rechazo realista del viejo esquema colonialista conduce a un claro planteo neocolonialista, que relaciona el acoplamiento del espacio territorial dominado a la “constelación dominante de polos” (a través de la expedición de capitales) con el necesario acoplamiento interno para evitar el dualismo y la posterior ruptura del acoplamiento exterior. Estas relaciones no pueden ser tratadas en términos exclusivamente económicos porque son, en esencia, políticas.

Analizando la evolución de las ideas del autor, decía:

Vemos entonces que la propuesta para lograr el desarrollo que surge de la teoría de la polarización no puede captarse en su verdadero significado a través de una teoría “pura” del desarrollo polarizado. Por ejemplo, para tal versión el polo surge de alguna manera misteriosa en el medio que se desea desarrollar; es una “cosa” que viene del “resto del mundo” y que encierra las mágicas semillas del desarrollo. En cambio, en el contexto específico del sistema capitalista de dominación mundial en el que están insertados nuestros países, el polo no aparece como una cosa que se toma o se deja, que se manipula a gusto, sino como un elemento de la estructura de dominación social. El polo-cosa no es más que un desprendimiento del aparato productivo del verdadero polo que a su vez es parte constituyente de una nación dominante, a la cual nos acoplamos como espacios dominados al asentarse libremente las máquinas, los capitales, los técnicos. Porque el aparato productivo funciona en el

marco de las relaciones sociales y no como mecanismo socialmente neutro.

Podría argüirse que “técnicamente” el aparato productivo y la dominación pueden separarse. Sin embargo, no nos interesan las relaciones ideales sino las efectivas en el momento específico del sistema al que estamos integrados. Y América Latina ha acumulado suficiente experiencia sobre la persistencia y realimentación de la dominación a través del asentamiento de expediciones de capital de la nación dominante, así como de la clara utilización de todo tipo de coacción cuando un país dominado pretende pasar a controlar el aparato productivo localizado en su territorio. Si, como Perroux mismo dice, los polos de desarrollo realizan implantaciones en las economías en que les es ventajoso hacerlo “vista la desigualdad de los niveles de desarrollo”, ¿qué misterioso mecanismo hará que el verdadero desarrollo de los pueblos dominados pase a ser ventajoso para la constelación dominante de polos? [...]

El planteo “puro”, el más falso en el contexto real en que se pretende aplicar, solo puede prosperar entre quienes han alcanzado un alto nivel de enajenación por acción de la ideología dominante y han asumido justamente el papel aparente de tecnócratas neutrales que el sistema necesita. Por ello, ante la cruda evidencia de que los intentos de implantación de polos de desarrollo siguen dando lugar a enclaves, aun cuando se sofistique el análisis de las relaciones y condiciones técnicas involucradas, la ideología deberá tomar —y la ha tomado— formas más complejas y “aceptables”.

Tal ideología —aparentemente diseñada en nuestros países— está constituida por el “desarrollismo”. Si al experto regional desprevenido se le plantea que existe un cordón umbilical entre la estrategia pura de polarización

y el desarrollismo, es probable que tienda a rechazar tal hipótesis. Al menos en Argentina, el “desarrollismo” se caracteriza por el acento en el desarrollo “nacional” y la poca o ninguna importancia que se da a los aspectos espaciales del mismo, y en todo caso afirmando que el desarrollo implica el desarrollo de las regiones constituyentes. Sin embargo, cuando descubrimos el contexto ideológico subyacente en la teoría “pura” y accedemos a la Teoría de los Polos en su versión más abierta, la relación no solo se hace aparente, sino que nos induce a pensar que es mucho más directa que lo que podría esperarse de dos teorías y/o estrategias que se diseñan independientemente.

Y concluía:

Por último, parece necesario aclarar que, en un contexto de relaciones sociales distintas a las predominantes en nuestros países capitalistas dependientes, dichas relaciones técnicas pueden cobrar un nuevo sentido en el marco de una política de desarrollo relativamente autónomo. Bien sabemos, sin embargo, que esta última alternativa no es fácil y que su viabilidad a escala nacional está en discusión. En todo caso, es importante que nos aboquemos a ella sin tomar conceptos que tienen una carga ideológica contraria a su efectiva realización.²

El mencionado trabajo fue seguido de varios otros en la misma línea. Si bien ya traía un espíritu crítico desde mi inmersión en el mundo neoclásico, con este trabajo, mirando en retrospectiva, creo haber iniciado una tendencia

² “Hacia una revisión de la teoría de los polos de desarrollo”, *EURE*, vol. 2, n° 4, Santiago de Chile, 1972.

a “ir contra las corrientes hegemónicas”, en este caso, el mismo desarrollismo del que había participado a partir de la creación del Consejo Nacional de Desarrollo en 1960.

Interregno: la economía política y el Departamento de Economía de la Universidad Nacional de Sur

El análisis de la teoría de los polos de desarrollo fue hecho, en buena medida, durante un período de licencia del CEUR, solicitada para asumir la Dirección del Departamento de Economía de la Universidad Nacional del Sur, equivalente a nuestras facultades en la UBA. Allí se había dado un proceso interesante, liderado justamente por Roberto Domecq y Carlos Barrera, en el que los estudiantes habían logrado que el entonces rector cambiara al director, perteneciente a un grupo de profesores exiliados de la Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de actualizar la enseñanza. Domecq tenía que salir y se me propuso continuar la tarea con el apoyo de un pequeño grupo de profesores y, sobre todo, de los estudiantes. Entre 1971 y 1972 se logró modificar por mayoría el plan de estudios, a mi juicio el mejor plan de estudios de economía existente en esa época, por su estructura y pluralidad, pues se veían todas las corrientes económicas, algo inusual en un país que venía de experimentar el derrocamiento del gobierno constitucional de Arturo Illia y era gobernado por el general Alejandro Lanusse. Aun bajo ese manto dictatorial se logró normalizar el Departamento previo llamado a concursos

con jurados internacionales que contribuían a legitimar el desplazamiento de las corrientes retrógradas y la incorporación de una gran cantidad de excepcionales profesores entre los cuales había muchos a quienes el gobierno había expulsado o hacía imposible ingresar a pesar de sus méritos. Oscar Braun, José Carlos Chiaramonte, Alberto Federico, Alfredo Monza, Carlos Barrera, Miguel Teubal, Horacio Ciaffardini y Alberto Barbeito, entre otros.

A Alberto Federico lo había conocido en la Facultad de Ciencias Económicas, donde él era ayudante de Filosofía, y durante mi primera etapa en el CEUR decidimos estudiar sistemáticamente epistemología marxista para lo cual formamos un grupo y tomamos un largo curso con Raúl Sciarretta. Esa experiencia de estudio me permitió incorporar la preocupación epistemológica a la vez que advertir las limitaciones del cientificismo.

La configuración regional argentina y el regreso al CEUR

Concluido ese proceso a mitad del 72, decidí regresar a investigar al CEUR. Me interesaba seguir la línea iniciada relativa a la distribución de las actividades económicas y la población en el territorio nacional y, en particular, examinar las tendencias a la concentración en la que entonces llamábamos megalópolis (desde Rosario hasta La Plata), así como la estructura de las pequeñas y medianas localidades y el papel que en esto jugaban el Estado y el capital. En esa búsqueda,

armé un proyecto de investigación sobre la caracterización funcional de las aglomeraciones argentinas. Teníamos la primera computadora aplicada a las ciencias sociales instalada en el Instituto Di Tella, que nos permitía el manejo de una gran masa de datos. Contábamos con acceso a los censos económicos, demográficos y agropecuarios, con encuestas y directorios de empresas, con datos facilitados por compañeros del CONADE, no accesibles públicamente, sobre todas las empresas con más de 100 personas ocupadas, con los estudios entonces disponibles sobre los grupos económicos argentinos, pero, sobre todo, con las capacidades de César Vapñarsky, que hizo una delimitación minuciosa de las aglomeraciones conurbadas, de Guillermo Flichman, que analizó la información agropecuaria y de Javier Lindemboin, que logró ampliar y sistematizar la información de los censos económicos. A la vez, sistematizamos todas las leyes de promoción económica y sus componentes espaciales y sectoriales. Esa fue una de mis dos mayores frustraciones en lo relativo a trabajos empíricos porque en 1976, cuando toda la información estaba registrada e impresa y comenzábamos a analizarla para el informe final, tuve que salir de la Argentina. Y, por diversas razones, esa información no fue nunca utilizada y finalmente se perdió. Hoy sería una buena base para analizar en detalle el desastre que produjo la desindustrialización neoliberal. En otro orden, una responsabilidad que me asignó el CEUR fue ser coordinador del Programa de Formación de Investigadores en Desarrollo Urbano y Regional, del que egresó nuestro ex rector Silvio Feldman (¡siguen los cruces de “trayectorias”!).

Pero todo eso era de mínima relevancia frente a los procesos políticos que se estaban dando en la región y que no es este el lugar para reseñar. Solo recordemos los golpes militares, el Cordobazo, la resistencia a la dictadura, el regreso pasajero a la democracia. La Unidad Popular gobernaba en Chile, lo que nos incitaba a tejer relaciones de cooperación con nuestros centros colegas del otro lado de la Cordillera. Viajar a dar cursos de ILPES era una buena excusa para estar al tanto de un proceso que prometía el avance del socialismo por la vía democrática. Pero en 1973 sobreviene el Pinochetazo armado con Estados Unidos y desembarcan los Chicago Boys con su programa neoliberal, incluso antes de que esas ideas fueran asumidas por los gobiernos de los países de origen. Justamente estaba esperando el ómnibus del ILPES frente a la Casa de la Moneda cuando oí el último discurso de Allende y vi a los aviones asesinos iniciar su bombardeo. En 1976 se inicia la sangrienta dictadura de Videla. A raíz de una absurda causa abierta en Bahía Blanca, por entonces bajo el mando de general Vilas, los profesores del departamento de economía, acusados de “infiltración ideológica”, tuvimos que emigrar o ser detenidos y sometidos a juicio (algo inusual cuando la AAA venía asesinando y se intensificaban los desaparecimientos). En mi caso salí a dar un curso en Porto Alegre para esperar a ver qué pasaba, pero un día compré el diario, vi el contenido de la causa y supe que habían detenido a Lanusse por defender a Gustavo Maleck, su ex ministro de Educación y ex rector de Bahía Blanca cuando me nombraron director del Departamento

de Economía. Consideré que ya no podía regresar y mi destino elegido fue México.

El análisis espacial y el Colegio de México

México y, en particular, el Colegio de México me acogieron con generosidad como a tantos emigrados latinoamericanos. La nueva Maestría de Demografía y Estudios Urbanos fue el programa en el que nos insertamos, y que contribuimos a diseñar e implementar, junto con Pedro Pirez y Martha Schteingart. En lo empírico, mi mejor recuerdo es haber participado en la coordinación del primer estudio sobre los efectos de las maquiladoras en la frontera norte de México, realizado en el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE). Experiencia frustrante porque, dado mi carácter de extranjero, era imposible darle seguimiento al proceso de apropiación de ese conocimiento por los actores colectivos de México.

En 1981 pudimos convocar a un valioso grupo de investigadores de toda la región para analizar en qué consistía lo que llamamos “La Cuestión Regional en América Latina”, que dio lugar a una compilación coeditada con Alberto Federico y Oscar Colman, que recién fue publicada en 1986 y ha sido considerada por muchos como la respuesta de la izquierda a la problemática regional entonces imperante.

Durante los seis años que permanecí en el Colegio de México, en lo académico, además de dictar clases, retomé la

línea teórica y metodológica del análisis espacial desde una perspectiva crítica con trabajos que iban desde “Posibilidades y dificultades de un análisis espacial contestatario” hasta “Las bases teóricas de la planificación regional en América Latina (un enfoque crítico)”. Empeñado en una confrontación de ideas con la corriente que venía imponiéndose en el campo de la geografía, que se autoproclamaba “teoría del espacio”, con creciente influencia en la economía regional, corriente a la que propuse denominar “espacialista”, y basado en la epistemología aprendida con Sciarretta y la lectura de los tres tomos de la *Ontología* de Nicolai Hartmann, escribía textos como los siguientes:

Así, hemos llegado a un punto decisivo: a fin de buscar el significado de las formas espaciales de la materia natural que le han sido estampadas por procesos históricos, es necesario ajustar nuestra investigación a la estructura real de un determinismo múltiple que, en el caso de los productos sociales, está canalizado dentro de un sistema estratificado, cuyo estrato superior es el histórico. Se requiere entonces partir de una tópica teórica que permita comprender el proceso de producción-reproducción de las formaciones sociales. Esa tópica, tal como ha sido desarrollada por Marx (para partir de un núcleo teórico que ha probado su eficacia histórica), está basada en el análisis categorial del modo de producción capitalista. Si adoptamos la versión althusseriana, entenderemos por modo de producción la articulación de las instancias conocidas: la económica, la político-jurídica y la ideológica. A su vez, por formaciones económico-sociales entenderemos la combinación de diversos modos de producción (con predominio de uno). Sin embargo, la

formación económico-social no es la sociedad concreta real (histórica) con la que nos enfrentamos en nuestra investigación, sino que es de orden formal concreto (es decir, se trata de un sistema de conceptos). Por otra parte, en cualquier sociedad particular (una colectividad dada en un determinado momento histórico), se hallan presentes otras gradaciones del estrato histórico, como por ejemplo lo cultural (la lengua, las costumbres, la historia en común, etc.), que escapan a la concepción de la formación económico-social.

Por lo tanto, lo que en general constituye una tópica adecuada para la investigación de fenómenos sociales concretos no es el modo de producción mismo (que es abstracto formal), sino la formación económico-social, puesto que no se conoce ninguna sociedad que sea representante pura de un único modo de producción. Además, como se expresó antes, existen otros elementos históricos en una sociedad concreta que no están considerados en el concepto de formación económico-social tal como se ha desarrollado hasta ahora.

[...]

Vemos entonces que, bajo distintas formas, el determinismo natural está aún presente en las formaciones económico-sociales y que debería ser incluido (con cabal consideración de su sobre-conformación) en la investigación del desarrollo regional. Su relevancia para dar cuenta de fenómenos sociales variará con el grado de sobre-conformación al que esté sujeto, el que a su vez depende del desarrollo alcanzado por las estructuras sociales. En resumen, lo que se trata de afirmar es que, a fin de evitar el error de extrapolar categorías físicas o aun geométricas (con la correspondiente legalidad) al estrato de los procesos históricos, pero también de evitar los errores de un

“análisis espacial” en el vacío, que a lo sumo podría dar nueva forma a los reportes de las construcciones ideológicas dominantes, con la introducción sin base científica de términos tales como el de “espacio social”, o el de “dominación espacial”, etc., debemos recurrir a la tónica teórica existente más pertinente, que es la de la formación económico-social. Pero también decimos que, al hacerlo, y a fin de evitar caer en la especulación, debemos referir nuestras investigaciones a sociedades y procesos concretos, lo que requiere asimismo la consideración de determinismos naturales y culturales en general y una adecuación especial a las formas particulares en que el determinismo real en su conjunto está estructurado en cada caso.

Por último, digamos que un enfoque de investigación opuesto a las concepciones apoloéticas aún imperantes en el campo, implicará no solo mostrar cómo la realidad es efectivamente, no solo mostrar por qué es, cómo es y no de otra manera, sino ambos al mismo tiempo, y también mostrar lo que podría ser, no a partir de un deseo idealista, sino del análisis de los contradictorios procesos actuales.³

Nuestra propuesta se basa en admitir que, si bien el espacio de lo real es único, (no hay un espacio físico, otro espacio biológico, otro social, etc.), la espacialidad de los diversos fenómenos varía con la naturaleza diferencial de los mismos: que, en particular, la espacialidad de los fenómenos sociales es indirecta y está basada en la articulación entre naturaleza y sociedad, pero con las leyes sociales sobreconstruyendo a la legalidad natural.

³ “Posibilidades y dificultades de un análisis espacial contestatario”, en *Demografía y Economía*, vol. 11, nº 2, 1977.

Implica, asimismo, ver la espacialidad social como históricamente determinada y no como de carácter universal.⁴

A la vez, ya en transición discursiva hacia las prácticas no teóricas, escribía:

... la elaboración e implementación de un proyecto de desarrollo regional efectivo debe ser, por naturaleza, de carácter contradictorio [...] cualquier variante provocará conflictos, algunos de tipo secundario, otros antagónicos. En cualquier caso, ciertas fuerzas sociales deberán apoyar el proyecto, otras se le opondrán. El desarrollo regional es, pues, una cuestión política.

[...]

El academicista, nacional o importado, podrá discordar o concordar con nuestras proposiciones respecto a la necesidad de revolucionar las bases teóricas de la planificación regional en América Latina, pero la discusión pierde sentido si no concordamos en el punto crucial de definir lo estratégico como referido a un modo de organizar la lucha social y, por lo tanto, como determinado políticamente.

[...]

Sobre esta trama social contradictoria, se hace imposible hablar de estrategias nacionales para el desarrollo regional sin especificar quién es el sujeto de tales estrategias.

[...]

Por lo tanto, no existe una única estrategia óptima de desarrollo regional planteada para una sociedad abstracta sino que habrá predominancia de unas u otras estrategias en los planes del Estado en función de las condiciones es-

⁴ “Sobre la espacialidad social y el concepto de región”, en *Territorios en transición. Crítica a la planificación regional de América Latina*, Quito, CIUDAD, 1987.

tructurales y coyunturales sociopolíticas. [...] se pueden caracterizar las estrategias de desarrollo regional adoptadas en los regímenes capitalistas de América Latina por ser, en su gran mayoría, estrategias que responden a los intereses directos de los grupos económicos dominantes o a las necesidades de legitimación de su posición en la estructura del poder político o ambas cosas.⁵

Muchas de estas ideas constituían una autocrítica a mis trabajos desarrollistas del CFI, a pensar “estrategias” sin sujetos ni enemigos. El nivel de sofisticación discursiva a que me llevaba el academicismo ya me cansaba. Luego de un corto proceso de colaboración en la elaboración del futuro Plan de Gobierno del Frente Democrático Salvadoreño, y habiendo triunfado la Revolución sandinista, me fui para Nicaragua, donde permanecí del 81 al 86.

Planificación, democracia y revolución en Nicaragua: el MIDINRA y la CRIES

A Nicaragua me fui con enormes cajas de libros sobre la historia del pensamiento socialista que me ayudaron a seleccionar y recolectar Jorge Tula y Pancho Aricó, por entonces a cargo de una colección con ese nombre en la Editorial Siglo XXI. No recuerdo haber necesitado ninguno de esos libros. Luego de pasar por el Ministerio de Planificación y el de Asentamientos Humanos, como asesor del Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria

⁵ “Las bases teóricas de la planificación regional en América Latina (un enfoque crítico)”, en *Territorios en Transición, op.cit.*

(MIDINRA) me encargaron formar un equipo para planificar territorialmente el sector. Lo primero que aprendí fue que el lenguaje sofisticado de la academia era absolutamente inútil para comunicarnos, analizar y proponer decisiones en un proceso real en marcha y con los tiempos de una revolución. Nunca volví a incursionar en ese lenguaje, mucho menos a desarrollarlo.

En todo caso, la planificación regional difícilmente podía hacerse sin un plan agrario, de modo que me puse a trabajar en eso con los compañeros del Ministerio. En México había desarrollado, buscando instrumentos para la planificación regional, una metodología que llamé de “subsistemas de producción y circulación” y que había sido utilizada para elaborar la parte económica del Plan de Gobierno antes mencionado. Propuse aplicarla para Nicaragua y fue aceptado. Así se produjeron los tres tomos del *Diagnóstico del sector agropecuario de Nicaragua: los subsistemas agrario-industriales de producción y circulación*. Sobre esa base y, por supuesto, las estrategias generales y la voluntad política del gobierno sandinista, el MIDINRA dio pasos para un encuentro de los actores de la producción, privados, sociales y estatales haciendo de la política pública un proceso concertado. Ese fue mi tercer (no frustrado) gran trabajo empírico. Posteriormente, ya en Ecuador, una versión más teorizada de la metodología fue publicada como *Los complejos territoriales dentro del contexto de los subsistemas de producción y circulación*.

Luego de algo más de un año en el MIDINRA, acepté pasar a ser director del Instituto Nicaragüense de Investigaciones Económicas y Sociales (INIES) y luego a la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES), ambas iniciativas del padre jesuita Xavier Gorostiaga. Desde allí extendimos el uso de esa metodología a una multiplicidad de centros de investigación en Centroamérica y el Caribe, propicios para ello por ser básicamente economías con pocos productos de exportación y escaso desarrollo industrial. La clave estaba en vincular el esqueleto tecnoproductivo con los procesos sociales y políticos. Todo esto se enmarcaba en la iniciativa de formar un pensamiento propio y buscar alternativas de paz para la región, convulsionada por la acción de Estados Unidos y su “contra”.

Al mismo tiempo que ocurría esto, por iniciativa de Jorge Enrique Hardoy, me otorgaron la John Simon Guggenheim Memorial Foundation Fellowship, un subsidio para realizar investigaciones en el área de economía de la transición.

Xavier me encargó otra tarea. Venían a la CRIES cooperantes y representantes de las sociedades y partidos políticos que eran solidarios con la Revolución, principalmente de Europa y Estados Unidos. La misión era explicarles con objetividad y credibilidad por qué la Revolución Popular Sandinista (RPS) era democrática a pesar de haber llegado al poder por la lucha guerrillera con el campesinado y la insurrección popular con los “informales” urbanos (algo

que Carlos Vilas, también ubicado en Managua, había demostrado en sus estudios). Sin el compromiso del día a día que exige la gestión estatal, me puse a investigar en el campo de la teoría política buscando conectarme mejor y más analíticamente con los sujetos interlocutores de CRIES, que finalmente terminaron incluyendo a los mismos cuadros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y su Escuela de Cuadros. De eso resultaron varios trabajos en la línea de “Nicaragua, transición y democracia”, un tema conectado con la discusión por entonces central en las ciencias sociales y en la política latinoamericana (la transición a la democracia), y de *Nicaragua: revolución y democracia*, publicados en varios idiomas, y la compilación de ponencias con Diana Deere a partir de un seminario realizado en Managua, publicado por Siglo XXI y por la editorial nica Vanguardia con el título *La transición difícil. La autodeterminación de los pequeños países periféricos*.

... tanto para una concepción que ve en el Estado el aparato en que se ubica el poder, como para la que ve en las instituciones de la sociedad civil una compleja trama de relaciones que reproducen las estructuras del poder social, resulta evidente que en Nicaragua la construcción de un poder revolucionario debe ir acompañada de la construcción misma del Estado y de la sociedad civil, lo que quiere decir desarrollar prácticas, comportamientos e ideologías nuevas en todos los niveles.

[...]

Las teorías económicas que suponen una economía cerrada no son aplicables a nuestras sociedades, exageradamente abiertas y dependientes de los avatares del mercado externo

y de las fuerzas transnacionales, así como de las políticas económicas de los estados centrales. Pero la dependencia y la apertura afectan constitutivamente también a los sistemas políticos. Pensar en las relaciones hegemónicas “como si” la sociedad nacional fuera un sistema cerrado, en el cual pueden computarse correlaciones de fuerza en base al peso social, al grado de organización, a las relaciones ideológicas entre sectores sociales, es negar la realidad de nuestras sociedades. [...] superar el formalismo en la concepción de la democracia nos coloca inmediatamente en la necesidad de recuperar la unidad entre economía y política, entre sociedad y Estado, entre revolución política y revolución social. En este sentido —lejos de reducirse a lo económico— el programa socialista no solo no rechaza como “burgués” todo concepto de democracia, sino que articula la lucha por una democracia sustantiva con la lucha por la transformación social, pues su teoría indica que son inseparables.

[...]

... el sistema somocista de dominación no había sido un sistema “nacional” sino un subsistema de las relaciones imperialistas de dominación, que veían en Centroamérica parte del “patio trasero”, y que habían hecho de Somoza el gendarme norteamericano en la región. Y derrotar al somocismo no equivalía a derrotar al imperialismo.

[...]

No es suficiente, entonces, asumir el proyecto histórico de los trabajadores a ver en los pobres la primera prioridad de la acción gubernamental. La tradición, el clientelismo, la alienación de décadas no se borran ni siquiera con una revolución con las cualidades excepcionales de la sandinista. Asimismo, los inevitables errores o malas prácticas de los agentes de gobierno debilitan el apoyo de los afectados, y la opción de votar por quienes critican al

gobierno cobra sentido más como voto de censura que como efectiva elección por otro proyecto social. No solo el reconocimiento sino la rectificación continua de los errores y vicios burocráticos pasa a convertirse en una condición importante de la legitimidad. El sometimiento a la crítica popular de los funcionarios que “dan la cara” [nombre del encuentro semanal del presidente Ortega y su gabinete con sectores populares de las diversas regiones] del Estado revolucionario, se convierte en sistema de regulación del poder estatal por el poder popular directo. En esto, la visión de que la alienación del pueblo es resultado de la necesidad económica sería insuficiente para orientar la lucha ideológica. Es la práctica política, la participación crítica organizada y crecientemente autónoma de las masas, el principal determinante de la nueva conciencia en gestación.⁶

En un momento en el que el tema central de las ciencias sociales latinoamericanas era la “transición a la democracia”, escribía:

... sugerimos a los lectores latinoamericanos la siguiente reflexión: quien decida examinar el proceso nicaragüense desde la perspectiva de un modelo ideal, debería al mismo tiempo preguntarse dónde se ha realizado hasta ahora ese modelo. Incluso si tomamos como referente los ideales de los mismos dirigentes sandinistas, concluiremos (con ellos) que tampoco en Nicaragua se han cumplido totalmente y que hay reconocimientos de errores y rectificaciones necesarias. Si se tomara en cambio como estándar de cumplimiento de los derechos humanos y sociales el resultado de las tres últimas décadas de política en el continente, incluido, por supuesto, Estados Unidos

⁶ *Nicaragua: revolución y democracia*, México, Cries, 1985.

y sus acciones respecto a la periferia, estamos convencidos de que Nicaragua revolucionaria sienta patrones nuevos, mucho más exigentes, de referencia, incluso sin tener en cuenta que este país está en guerra.⁷

¿Por qué se mantuvo una situación de descoordinación en el diseño y en la implementación de las políticas económicas estatales? La falta de instancias aceptadas de coordinación fue un factor relevante, que hubiera podido paralizar al Estado, haciendo predominar un efecto de “espera”, hasta que las instancias específicamente políticas tomaran decisiones o “bajaran líneas”. En realidad, predominó el ejercicio del poder (desigual) de cada esfera de decisión, asignando recursos o tomando medidas sin tener en consideración los balances macroeconómicos o las necesidades de otras esferas estatales. El resultado de conjunto fue el exceso de demandas sobre la economía, una especie de “voluntarismo colectivo” que constituye uno de los problemas fundamentales que orientan la reciente rectificación de la política económica que admite finalmente los límites objetivos de la economía.

... será absurdo caracterizar al estado nicaragüense como “capitalista”, como “populista” y mucho menos como “bonapartista”, rasgos estos que, aunque parcialmente podrían reaparecer en instituciones o relaciones específicas, no resumirían la naturaleza de un estado en transición, sujeto pero también objeto inacabado de transformación de la revolución popular sandinista.⁸

⁷ *Transición y crisis en Nicaragua*, en coautoría con Rosa María Torres, San José, DEI, 1987.

⁸ Introducción a *La transición difícil: la autodeterminación de los pequeños países periféricos*, en coautoría con Carmen Diana Deere, México: Vanguardia-Siglo XXI, 1987.

Hacia el final de esta fase de un proceso personal sentí que había una disonancia en la comunicación entre la dirección revolucionaria y las bases populares alrededor de la economía y las políticas económicas. Para comprobarlo, hicimos una larga encuesta en hogares populares de Managua buscando a la vez comprender la lógica de la economía doméstica y comprobar esos hipotéticos problemas de comunicación. Los resultados fueron asombrosos. Al nivel más elemental, el de los términos utilizados, había grandes problemas. Para mencionar uno: se estaba discutiendo la necesidad de “sincerar” los precios (por entonces tan intervenidos de manera parcial que no había posibilidad de racionalidad microeconómica) y para ello sacar los subsidios. Pues bien, un altísimo porcentaje de los encuestados que escuchaban ese discurso entendía que los subsidios eran las pensiones y jubilaciones. Pero a un nivel más profundo, había una incomprensión de la lógica de la economía popular y las estrategias de sobrevivencia de las unidades domésticas en el contexto de escasez que les tocaba vivir. Por ejemplo, podía oírse a una comandante acusar a mujeres del mercado de contrarrevolucionarias y especuladoras porque no seguían las precisas indicaciones de qué y de qué modo podía y qué no podía vender cada una cuando los productos aparecían y desaparecían y la gente necesitaba sobrevivir todos los días. Otro ejemplo: por complejo o didáctico que fuera el discurso del gobierno sobre el funcionamiento de la economía, la gente usaba como “teoría” su vivencia de la economía familiar. De

ahí y no del discurso o las cartillas de formación política surgían nociones para pensar el gasto, la inversión, el ahorro, el consumo, la corrupción, los precios, los criterios de legitimidad del actuar económico...

El regreso a lo urbano y el Centro de Investigaciones CIUDAD

Con este último tema, por razones familiares y después de cinco años y medio, decidí migrar de Nicaragua, ahora a Ecuador, donde me fui con el encargo de terminar de analizar la encuesta y enviar los resultados a Nicaragua. Pero pasaron muchas cosas no esperadas, como que ante la reafirmación de Estados Unidos de que continuaría financiando a la contra aunque el sandinismo ganara las elecciones y el anuncio de Daniel Ortega en el acto de campaña final de que se mantendría el servicio militar obligatorio para asegurar la defensa, el sandinismo perdió las segundas elecciones democráticas y, por añadidura, luego vino “la Piñata”. Sin duda, mi experiencia en Nicaragua marcó un antes y un después. Se redefinió mi apreciación de la relación entre conocimiento y praxis, y desde entonces siempre quise saber para qué sujeto trabajaba. Y si no lo encontraba, lo anticipaba para orientarme en el mundo de la investigación-acción. Por otro lado, la discusión que desató la cuestión de las Malvinas había reducido mi concentración en Centroamérica y revitalizado mi interés por los procesos, obviamente no revolucionarios, de América del Sur.

En Quito me ubiqué en el Centro de Investigaciones Urbanas CIUDAD, un centro que hacía de sus relaciones con los sectores populares un componente importante de su personalidad institucional. Volví a la problemática urbana, pero con una perspectiva distinta sobre lo posible y los sujetos del campo popular. Continuando con la preocupación por la economía de los hogares populares, fue tomando forma la concepción de la economía popular como sector de la economía urbana, partiendo de la crítica a las versiones de ese término, generalmente asociado a los vendedores callejeros, a la informalidad, a la economía de los pobres. En un momento en el que lo local y la descentralización impulsada por el proyecto neoliberal y el Banco Mundial tomaba fuerza en el campo de los estudios urbanos, me preguntaba qué espacio abría esa escala y qué grietas tenía esa propuesta para la conformación de poderes populares. Fueron también unos años de ser parte del debate latinoamericano sobre el sentido de la investigación urbana, sus sujetos sociales de referencia, el papel de los organismos internacionales y de plantear que el proyecto popular debía ser de transición social y que la participación era una línea fundamental en esa lucha. Era el momento en el que de Brasil venía la fuerza de un movimiento de reforma urbana y desde Chile se perfilaba el nuevo eje del “derecho a la ciudad”. En algún momento, alrededor del 90, nos cruzamos con Luis Razeto, quien venía trabajando pioneramente en otro enfoque de la economía y, en particular, sobre la economía solidaria y la promoción de organizaciones económicas populares para superar el

enfoque de la concientización, predominante entre los intelectuales de la educación popular freireana.

Designado director de investigaciones, propuse a mis compañeros de CIUDAD (Fernando y Diego Carrión, Jorge y Anita García, Mario Unda, Mario Vázquez y varios más), y lo aceptaron, ampliar el enfoque de lo urbano formando un equipo multidisciplinario y, a la vez, imaginar un sujeto social, en la línea del pensamiento de Manuel Castells y de la profusión de investigaciones sobre movimientos sociales impulsadas por CLACSO. Un movimiento social urbano con capacidad de reflexionar y actuar en función del conjunto de la ciudad. Un sujeto imaginario, pues como tal no existía, que nos demandaría determinados ejes de investigación. Sobre esa base trabajamos los siguientes años, en continua interacción con las organizaciones sociales realmente existentes.

Estando en CIUDAD pude participar de un hito en la investigación urbana latinoamericana. Fue la realización del seminario “La investigación urbana en América Latina. Caminos recorridos y por recorrer”, al que CIUDAD logró convocar a los mejores centros e investigadores de ese campo. En cuatro tomos se logró plantear una reflexión colectiva y plural significativa. Me parece importante resaltar que ese encuentro se hacía en un momento en el que en las disciplinas sociales primaba la crítica al pensamiento teórico y a cambio se proponía encarar directa y pragmáticamente los problemas concretos. Esa disyuntiva aparente estaba

como trasfondo de buena parte de las discusiones entre los investigadores.

Las ideas, concebidas como guía para las diversas prácticas de producción o regulación de lo urbano, pueden ser eficaces aunque sean falsas, o ineficaces a pesar de ser consideradas verdaderas desde una perspectiva científica. [...]

No se trata entonces de limitarnos a examinar solo las ideas pretendidamente científicas, negando toda eficacia a ideas resultantes de otro tipo de procesos, sino de ubicar las ideas científicas en el más amplio contexto ideal sobre lo urbano, para establecer cuál ha sido su función, sentido o eficacia relativa.

[...]

La comprensión de las estructuras generales de la sociedad va perdiendo interés y se pasa a una investigación-acción inmediateista, localizada y particularista, centrada en la descripción de “lo concreto” empíricamente dado como tal. Lo cotidiano, el mundo de los actos concretos, controlables, cambiables, se convierte en centro de atención cuando no de mistificación. [...] la descripción empirista de fenómenos (evidentes para los sectores populares) traídos a la mesa de los lectores como cuadros impresionísticos de la dramática realidad social.

[...]

¿Será que la atomización reciente de los temas refleja un momento analítico y lo que viene ahora es naturalmente la síntesis? ¿Cómo entenderlo así si los trabajos se realizan justamente como expreso rechazo a las síntesis, a las generalizaciones, como propuestas más o menos explícitas de quedarnos allí?

[...]

¿No será que por complejas razones socio-políticas el cambio consiste en que las visiones del todo han pasado a la categoría de presupuestos, dejando de ser objeto de indagación en sí mismas? ¿Será por esto que se puede llegar a paradojas como las convergencias en las ideas de izquierdas y derechas sobre las virtualidades de lo local, la descentralización territorial del Estado, las potencialidades de la informalidad, el antiestatismo? No es que tengan la misma visión global, ni que compartan valores básicos. Es la falta de explicitación de los esquemas subyacentes la que permite la confusión, que obviamente hace el juego a la derecha, pues esta, además de las ideas, tiene de su lado a las fuerzas predominantes en el momento actual.

Por otro lado, si se trata de cambiar la situación y no solo de interpretarla, se hace igualmente imprescindible volver a constituir tentativamente lo urbano como objeto integral, so pena de pretender intervenciones parciales, ineficaces, imposibles de ser derrotadas porque ya estarían derrotadas de partida. ¿Será esto un nuevo gesto de voluntarismo? ¿Podremos encontrar las claves para resolver esta cuestión en nuestra propia historia como agentes del proceso?

Pero la eficacia de las ideas correctas puede ser nula si no va acompañada de fuerzas materiales, económicas, políticas y sociales, cuya organización debería corresponderse con las características de la utopía popular de ciudad. Esto implicaría, perdido o disminuido “el cliente” Estado, que esta comunidad debería incidir junto con un amplio espectro de organizaciones políticas o sociales populares. Pero si la cuestión es una cuestión cuya resolución hace al orden socio-político, no se puede pretender que el sujeto de esa transformación sea exclusivamente los pobladores organizados, lo más afectado

directamente. Por lo demás, así como descubrimos las múltiples identidades del obrero, no podemos ignorar las múltiples identidades de los pobladores.

[...]

Un punto de partida sería, pluralísticamente, asumir el objetivo de contribuir a desarrollar un proyecto popular alternativo para la ciudad (sujeto a todas las objeciones de su definición) que permita disputar de manera más eficaz la hegemonía, mostrándose no solo como alternativa de poder sino como alternativa de nuevo orden que incluya al menos la sociedad local en su conjunto.

[...]

Pero tampoco es posible exigir capacidad exacta de predecir el futuro a las ciencias sociales en general y en este campo de aplicación en particular. Debemos exigirnos, sí, predicciones que vengan acompañadas de propuestas sobre las vías para construir su viabilidad de realización. En otros términos, debemos pensar la ciudad, lo urbano, desde la perspectiva de la transición posible, a la democracia, al socialismo, o a alguna otra utopía global.⁹

Posteriormente publiqué un grupo de ensayos bajo el título *Ciudades sin rumbo*.

¿Adónde conduce el proceso histórico actual a las ciudades latinoamericanas? ¿Cuál es el sentido del cambio estructural que hoy se impone desde las llamadas políticas de ajuste? ¿Qué eficacia tendrá el paradigma de la democracia en las condiciones reales de la vida urbana? ¿Qué significado debemos darle a la oleada de propuestas de descentralización, de desarrollo municipal, de participación, de autogestión de los servicios, de desarrollo de

⁹ "Dilemas de la investigación urbana desde una perspectiva popular en América Latina", *La investigación urbana en América Latina, Caminos recorridos y por recorrer*, Vol. III: Las ideas y su contexto, Quito, CIUDAD, 1989.

la empresa popular, que vienen de lugares tan dispares como el Banco Mundial y las ONG dedicadas a trabajar con los sectores populares?

Si no tenemos respuesta a estas preguntas significa que vivimos en ciudades cuyo sentido no está claro, siempre al borde de catástrofes diversas, donde los actores sociales y políticos, motivados por metas particulares inmediatas, producen continuamente fuertes e indeseables efectos no buscados, sin que se vislumbren fuertes mecanismos sociales de corrección o regulación. No es extraño que la palabra “apocalipsis” surja frecuentemente en el discurso sobre el futuro de nuestras ciudades.

¿Es posible encontrar o construir un sentido para la ciudad latinoamericana? Si apostamos a que sí, esa búsqueda requerirá de una actitud reflexiva, de una rigurosa investigación sistemática. Pues no encontraremos ese sentido ni en la réplica del ejemplo exitoso, ni en la proyección de las tendencias empíricas, ni tampoco en la mera predicción teórica del frío movimiento de las estructuras en proceso de recomposición. Es más, si siguiéramos esos caminos, proyectaríamos al futuro una ciudad cuya configuración no podríamos explicar ya ni por el interés de la acumulación capitalista, ni por el de la legitimación del poder, ni mucho menos por el desarrollo de la vida de las masas populares.

Para producir otro resultado, la reflexión en la búsqueda sistemática de sentido debe darse dentro del marco trascendental de una utopía social, y debe estar articulada con la acción política de transformación de la sociedad. Ese programa de trabajo, que pocos siguen, ha caído en el desprestigio, como producto de todas las crisis que parecen caracterizar a esta época. Y es difícil que se supere

esa situación si la dejamos librada a la dinámica interna de la “comunidad de investigadores”.¹⁰

En 1994, mientras estaba entre Columbia y la UNGS, se publicó *Economía urbana. La perspectiva popular*, que comenzaba a dar forma a la propuesta de pensar una economía popular urbana, más allá de la pobreza y la informalidad, como sector fundamental de toda economía urbana en nuestra región.

Educación popular y pedagogía de la enseñanza superior: de la Universidad de Columbia a la UNGS

Por involucrarme en la Campaña de Alfabetización Leonidas Proaño y por influencia de mi entonces compañera, Rosa María Torres, comencé a incursionar en la pedagogía de la educación popular de adultos siguiendo críticamente las corrientes latinoamericanas presentes con fuerza en el proceso nicaragüense y las propuestas más políticas que convergían con la idea de una economía popular como sentido de la investigación en el terreno de la economía urbana. A la vez, como profesor de Epistemología de las Ciencias Sociales en programas de Doctorado de FLACSO Ecuador, retomé aquellos estudios de epistemología con Sciarretta, esta vez indagando no sobre los epistemólogos profesionales, sino a partir de las reflexiones que al respecto habían hecho los científicos sociales más relevantes. Esta actividad y mi

¹⁰ *Ciudades sin rumbo. Investigación urbana y proyecto popular*, Quito, CIUDAD, 1991.

propia reflexión sobre el proceso de aprendizaje de posgrado hicieron que me interesara en la búsqueda de una pedagogía de la enseñanza superior.

Nuevamente por razones familiares, migré a Estados Unidos, donde me ubiqué como académico visitante en la Universidad de Columbia buscando acceder a la gran biblioteca del Teacher's College, donde suponía que estaría todo lo que hay que saber sobre mi tema de interés. Para mi sorpresa, no había prácticamente nada. Solo un tema vinculado había preocupado a los articulistas: cómo enseñar *critical thinking*. Sin embargo, esto hubiera sido prometedor si no fuera porque los trabajos eran básicamente pequeñas monografías de los profesores de esa materia sobre los resultados alcanzados en cada curso. (El tema había sido priorizado en Estados Unidos cuando su ministro de Educación señaló la falencia de esa formación en los estudiantes norteamericanos). Posteriormente, al integrarme a la Universidad Nacional de General Sarmiento, iba a retomar la cuestión, compartida por Cayetano de Lella, Ana María Ezcurra y Marta Mata, que al menos dio lugar a la creación de una unidad pedagógica. Debo reconocer que mi (auto) crítica a los modos de enseñanza en general no tuvo buena prensa entre los docentes y finalmente abandoné mis expresiones públicas sobre el tema y reduje mi preocupación a intentar (con mucha dificultad) lograr practicar en mis propios espacios como docente lo que proponía.

En tanto proceso cultural del cual es constitutiva la calidad, la educación amerita siempre una reflexión

sobre las relaciones pedagógicas a través de las cuales se realiza. Desde esa perspectiva, la calidad de la educación no puede ser valorada solamente en función de otros objetivos a los que se subordinaría instrumentalmente (como sugieren la perspectiva del crecimiento económico y la evaluación en términos de costos y beneficios de cada graduado, por ejemplo). Qué valores morales, qué relaciones interpersonales y sociales, qué clase de personas se desarrollan en el proceso educativo, son criterios fundamentales. Pero incluso si primara el objetivo de ofrecer una formación eficaz para la resolución de los problemas del mundo económico, social y político, si primara el instrumentalismo y la denominada “eficiencia externa” de la educación, se requeriría encarar a fondo la cuestión pedagógica.

Esto no significa que haya que innovar por innovar, ni que la historia reciente de nuestras universidades no registre procesos de educación de alta calidad y eficacia. La misma “fuga de cerebros” que ha drenado nuestros países lo viene demostrando. Es más, cualquier renovación de la pedagogía estará apoyada en las investigaciones y experiencias que diversos centros del sistema de investigación y docencia vienen desarrollando en ese campo. De lo que se trata es de hacer un alto en la cotidianeidad de un sistema educativo presionado por el desbalance entre recursos y demandas sociales y por las transformaciones en las políticas públicas que acompañan al ajuste estructural, para reflexionar críticamente no solo sobre qué, cuánto y en cuánto tiempo se enseña, sino sobre **cómo** se lo hace, buscando no una autocontemplación de la enseñanza sino su efectividad sobre el aprendizaje.

[...]

No hay “una” respuesta para todo esto, no hay “la” respuesta y, si la buscáramos, estaríamos entrando por un

camino equivocado. Siempre habrá distintas opciones que podrán ser más o menos adecuadas a las diversas circunstancias del proceso de enseñanza-aprendizaje. No hay que buscar de entrada un paradigma. Lo inicialmente paradigmático consistiría en institucionalizar un espacio plural para que los diversos actores del proceso educativo discutan y reflexionen sobre las mejores maneras de lograr un aprendizaje efectivo, probando de manera responsable distintas alternativas lo más fundamentadas que sea posible en la experiencia y las teorías del aprendizaje. [...]

Cuando hablamos de la cuestión pedagógica no estamos pensando en pasar el problema a los pedagogos que, como expertos, van a dar recetas para resolverla y van a vigilar la práctica de los formadores. Esa división del trabajo ha aportado importantes avances pero también ha generado fuertes resistencias, similares a las que pueden suscitar los epistemólogos entre los científicos. Es necesario que, con la ayuda de los pedagogos y otros estudiosos de la educación, re-asimilemos esa parte de la práctica docente integral que se enajenó como disciplina separada. Hay que reincorporar a nuestro conocimiento, a nuestra preocupación cotidiana como formadores, la cuestión pedagógica, la cuestión didáctica. Los pedagogos y otros estudiosos de los procesos educativos siguen haciendo falta porque son los que llevan la tarea más pesada de la objetivación, la profundización y sistematización de todas estas experiencias, de todos estos aprendizajes, pero habría que asumir esto no como algo ajeno sino como algo que queremos internalizar y en cuya producción jugaremos un papel importante.

Para asegurar la eficacia y la eficiencia de una reforma pedagógica, el currículo debe incluir expresamente la formación pedagógica de los alumnos. Es decir, para que

el impacto se logre y multiplique, los alumnos mismos tienen que saber y estar sensibilizados a la cuestión de la enseñanza y del aprendizaje, entre otras cosas para controlar su propio aprendizaje (creo que uno de los obstáculos en la educación es que los alumnos aprenden tarde a discernir si están aprendiendo o no, porque ese juicio queda tradicionalmente depositado en manos del docente y los exámenes). Más aún, la flexibilidad de los graduados depende, en buena medida, de que hayan aprendido a aprender. Esto requiere que el estudiante incorpore la conciencia sobre el propio aprendizaje. Si el propio proceso de enseñanza logra que el alumno incorpore ese control interno, esto ayudará muchísimo a regular nuestros procesos de enseñanza. Además, si les transferimos esa capacidad, esa sensibilidad, ese conocimiento sobre la situación de enseñanza-aprendizaje, va a ser cada vez menos costoso mantener esta revolución continua en las nuevas generaciones de educadores.¹¹

Es una contradicción corriente que un docente reclame para sí la libertad de armar su materia como quiere y que a la vez no tenga en cuenta la libertad de sus alumnos para incidir en los ritmos y contenidos de la misma. Sin duda que en la cantidad y extensión de los “desvíos” incide la amplitud de formación del docente y el grado de complejidad alcanzado por la matriz cognitiva de los alumnos. Lo que en principio parece no pertinente debería tener alguna respuesta siempre, ser en alguna medida elaborado, pues alguna conexión hizo el alumno entre lo dicho en la clase y otros temas, provocando la pregunta, aparentemente desviada. Además, asumir esas cuestiones es una manera fértil de exponer el mundo intelectual del alumno, su modo de hacer conexiones, de argumentar,

¹¹ “La cuestión pedagógica en la enseñanza superior”, en *Las nuevas universidades a fines del siglo XX*, Los Polvorines, UNGS, 1997.

de comprender, de entender, de escuchar y de expresarse. Para una enseñanza centrada en el aprendizaje y el desarrollo de capacidades (algo fácil de decir pero muy difícil de programar), no es una pérdida de tiempo atender a esas “disonancias”, incluso si se generaliza, porque todos –docentes y alumnos– aprenden a partir del encuentro entre ideas aparentemente incongruentes.¹²

En nuestro tercer encuentro después del CFI y la UNS, Roberto Domecq nos encargó, junto con Maristella Svampa, diseñar el primer ciclo de sociales, una tarea que me metió de lleno en el proyecto de crear una nueva universidad “realmente nueva”, lo que finalmente me llevó a dejar Ecuador y regresar luego de casi veinte años a la Argentina. La segunda tarea fue organizar el Instituto del Conurbano (ICO). Seguía entonces con los estudios urbanos, solo que ahora se podía comenzar, incluso por mandato de la institución, constituyendo equipos multidisciplinarios. Fue realmente un placer poder seleccionar a muchos de los investigadores que hoy conforman el ICO. Había que armar programas de nuevas carreras y diseñar líneas de investigación, y algunas de ellas recogían la perspectiva de la economía popular urbana. No olvidaré, por ejemplo, las largas sesiones de trabajo en La Fragata con Claudia Danani inventando la Licenciatura en Política Social.

La primera investigación empírica que realizó el ICO fue justamente la Encuesta a Hogares del ex Partido de Ge-

¹² “¿Qué aprendí enseñando Economía II?”, en José Luis Coraggio, José Borello y Marta Mata, *Hacia una pedagogía reflexiva: informe de dos experiencias educativas*, Los Polvorines, UNGS, 1998.

neral Sarmiento (inspirada por la experiencia de la encuesta a hogares de Managua) buscando describir la lógica de la economía popular y contar con una base empírica para nuestros trabajos de servicios a la comunidad, uno de los mandatos del estatuto de la UNGS al cual Alberto Federico, con quien compartíamos la conducción del proyecto de economía popular urbana, dedicó ingentes energías. La convocatoria a las organizaciones sociales de la zona y de la provincia en general fue tal que en poco tiempo concluimos que no teníamos capacidad para tanto y que era necesario poner en marcha procesos de formación profesional en este campo de acción y reflexión. Comenzamos con cursos cortos, pero en el 2001 pusimos en marcha el proceso de diseño de la Maestría en Economía Social que fue aprobada por el Consejo Superior y que inició sus actividades en marzo de 2003.

En el ínterin, la Universidad había completado el proceso de diseño y estaba lista para ser normalizada. Mis compañeros decidieron elegirme director del Instituto del Conurbano y me disponía a seguir con mis tareas desde esa posición formal cuando, por diversas razones, se me propuso presentarme a la elección de rector. Mi criterio era que Roberto Domecq, quien no solo nos había inspirado y convocado, sino que había sido artífice de la creación de condiciones para el desarrollo del proyecto de nueva universidad, fuera ahora rector electo. Sin embargo, por diversas razones, terminé siendo electo y asumí entre 1998 y 2002 esa función impensada para mí hasta entonces.

Era tan sorprendente esto que llamé a mi gran amigo Cayetano de Lella y le pregunté de todo, desde cómo se conduce un Consejo Superior hasta cómo debía ir vestido. Sobre esto último me recomendó un traje azul, que es el que todavía tengo, porque no es hábito mío vestir con tanta formalidad. En cuanto a la conducción del Consejo, más allá de los procedimientos administrativos, asumí un criterio un poco inusual: no habría conteo previo de votos ni “meloneo” a los consejeros. Iba a ir a cada reunión de Consejo, previo dictamen de las comisiones, con las propuestas, pero sin saber si iban a ser aceptadas, transformadas o devueltas. Y no me arrepiento de eso. Iba de acuerdo con lo que prometí cuando asumí ese honroso cargo: demostrar que en la Universidad podían practicarse efectivamente la democracia y la transparencia.

Esa función me llenó de responsabilidades y oportunidades. No sé si puedo decir que fue un antes y un después como mi paso por Nicaragua, creo que no tanto, pero sí que fue importante. Por lo pronto me proyectó, como rector, en el espacio público, como vocero del proyecto de la UNGS, pero también como crítico del sistema educativo del cual éramos parte, sistema forjado y sostenido por el neoliberalismo y su obediente menemismo. Mientras estaba en Columbia había podido tener algún acceso directo al mundo de las ideas y debates de organismos internacionales, como el Banco Mundial, UNICEF o el PNUD, y aproveché esos años para analizar las políticas sociales neoliberales, particularmente la educación en todos sus niveles.

Consideraba una obligación mostrar a los no prevenidos que los economistas del Banco Mundial, tan influyentes en las políticas públicas argentinas, solo podían pensar la educación como una mercancía y destacar las consecuencias de ello. Algunas conclusiones fueron incluidas en “Las propuestas del Banco Mundial para la educación: ¿sentido oculto o problemas de percepción?”, publicado en 1997 y con bastante circulación en los medios universitarios y sindicales. Desde esa base pude fundamentar en el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) mis críticas no solo a las políticas del gobierno, sino a las mismas universidades que seguían reproduciendo ese tipo de ecónomo-tecnócratas. Y entender un poco mejor la relación entre sistema partidario, universidad y presupuesto.

Particularmente, considero que las universidades públicas en nuestro país, como en el resto de América Latina y otras regiones subordinadas del mundo, no pueden ser apolíticas. Que deben intervenir activamente en la formación de un sistema democrático y con justicia social en un país soberano, y para ello participar activa y críticamente en generar bases sólidas para el diseño e implementación de políticas públicas que se orienten por esos objetivos. Sin duda que, como toda institución compleja, tiene ella misma una esfera política donde se dirimen proyectos e intereses conflictivos, y que pueden regularse democrática y transparentemente aunque pasen por momentos en que predomina la negociación bajo la mesa, el clientelismo o la imposición hegemónica o incluso violenta. Los legítimos intereses disciplinarios o sindicales no siempre se han expresado de manera congruente con la libertad

de pensamiento y de asociación. En un contexto donde predomina el discurso único y donde los derechos de los trabajadores están siendo arrasados, es de suyo difícil discernir entre la defensa de los derechos legítimos y los abusos de poder. Pero nada de eso ha mejorado con la partidización de la política.

La partidización de la política universitaria ha significado la ocupación de la universidad por parte del sistema político-partidario, él mismo necesitado de una reforma fuerte. Y ha contagiado, afortunadamente solo en parte, con sus rasgos de ilegitimidad a la universidad como institución y como práctica. Esa vinculación no ha terminado y llevará tiempo superarla, pero por ello mismo la reforma de la universidad y la del sistema político van hoy juntas.

[...]

La universidad ha sido colonizada por el mercado y por la política —ella misma mercantilizada—, y deberá resistirse a continuar internalizando lógicas que más bien debe contribuir a modificar mostrando que es posible ejercer la democracia y organizar la economía de forma incluyente. La presencia de las corrientes partidarias en el Congreso reflexionando sobre estos problemas será bienvenida si tienen un proyecto para la universidad que sea de desarrollo nacional y no de cooptación.¹³

En un momento, estas ideas calaron un tanto y el CIN me encargó, con la coedición de Adolfo Vispo (por entonces director del Instituto de Ciencias), que organizara un volumen titulado: *Contribución al estudio del Sistema*

¹³ “Las propuestas del Banco Mundial para la educación: ¿sentido oculto o problemas de concepción”, en Coraggio, José Luis y Rosa María Torres, *La educación según el Banco Mundial. Un análisis de sus propuestas y métodos*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.

Universitario Argentino, que fue usado en varios talleres a lo largo del país para discutir la problemática universitaria.

Uno de los puntos álgidos de la relación con el Estado fue cuando tuvimos que defender la cláusula de nuestro Estatuto sobre la gratuidad. En agosto de 1999, el Ministerio de Educación demandó que sustituyéramos la frase de nuestro Estatuto que decía: "... se garantiza la gratuidad de los estudios de grado y pregrado" por la alternativa "gratuidad-equidad" pues consideraban que no se podía garantizar la gratuidad en términos absolutos. Sostuvimos nuestra posición y tras un largo proceso, el 6 de mayo de 2008, bajo el rectorado de Silvio Feldman, la Corte Suprema falló a favor de la UNGS.

La educación en todos sus niveles es un bien público, que debe desarrollarse con anticipación y a tasas más rápidas que la de la economía en su conjunto, pues es condición sistémica del desarrollo y el crecimiento económico. Detrás de esta afirmación hay razones económicas –la educación como inversión para el crecimiento sostenido bajo el nuevo paradigma tecnológico basado en el conocimiento–, pero también razones morales –cumplir el mandato internacional y constitucional de efectivizar el derecho humano a la educación– y razones de gobernabilidad –lograr sociedades cohesionadas social y políticamente.

Si bien es indispensable el aporte privado –con o sin fines de lucro– al sector de educación superior, el mercado por sí solo no resuelve la generación y distribución de bienes públicos, como lo ilustra la fuerte presencia del Estado en todos los países del mundo, que subsidiaban tanto la educación superior como las actividades

de investigación e innovación tecnológica. Esto debe ser así dado que generan resultados no apropiables solo por los portadores de títulos y conocimientos (como sí es el caso de los mayores ingresos personales asociados al mayor nivel de educación), razón por la cual los agentes privados librados al mercado generarían niveles y calidades de educación e investigación por debajo de lo que el desarrollo de los países requiere.

Se ha argumentado que la inversión pública en educación superior contribuye a la inequidad, puesto que mientras invertir en educación primaria beneficia a los más pobres, la educación superior pública beneficia proporcionalmente más a los sectores de mayores ingresos. Esta es una característica de los sistemas educativos de todo el mundo, y sigue siendo cierto que para alcanzar niveles adecuados de inversión y de demanda es preciso que el Estado intervenga directamente. Para comenzar a estrechar la brecha del desarrollo, en el caso de los países latinoamericanos esa inversión debe ser proporcionalmente mayor que en los países más avanzados.

[...]

... está planteada una fuerte discusión acerca de la eficiencia del modelo de gestión pública tradicional. Por otro lado, independientemente de sus resultados reales, se viene impulsando una propuesta de transitar hacia un modelo de gestión privada o, en todo caso, reformar el sistema de gestión pública de modo que adopte un estilo de gestión empresarial.

La propuesta de que las universidades se organicen como empresas privadas, con o sin fines de lucro, gerenciadas para proveer un conjunto de servicios educativos, conocimientos e información, viene acompañada de la presión para que se suspenda el subsidio a la oferta –usualmente bajo la forma de un presupuesto financia-

do por el estado nacional/federal o provincial/estadual. Así, en marzo de 2001, a la vez que sus documentos hablaban de retomar la prioridad de la educación superior, el personal de campo del Banco Mundial continuaba presionando por el arancelamiento y la privatización de las universidades públicas y de la educación pública en general, tanto en Argentina como en Brasil.

[...]

Las universidades públicas, usualmente presentadas no solo como politizadas, sino como ineficientes, sin responsabilidad por sus resultados (*unaccountable*), y hasta inequitativas –puesto que de hecho proveen educación subsidiada a un espectro de población con un sesgo hacia los sectores de ingresos medios y medios altos– son consideradas una “competencia desleal” para las universidades privadas, especialmente en un momento en que estas pasan por problemas económicos ante la competencia global y la depresión del mercado interno (en el caso de Argentina esto es muy evidente). De hecho, algunas propuestas no tratan en realidad de minimizar el gasto público en la educación superior sino de redirigirlo en todo o en parte hacia el sector privado.

[...]

Asociado al tema del financiamiento aparece el del arancelamiento o el de la fijación de cuotas de alumnos por establecimiento y carrera, una cuestión que detona reacciones basadas en principios como el de la gratitud y el derecho a la educación. Quienes proponen el arancelamiento sostienen que cumple varias funciones: a) obtiene recursos privados para las universidades, aportados como pago por la educación que reciben los estudiantes; b) aumenta la equidad del sistema de educación superior, pues un sistema combinado de

becas y aranceles vinculados a los ingresos familiares permitiría que quien más tiene más pague, y que quienes no pueden pagar sean becados con parte de esos recursos; c) hace más eficiente el sistema, pues los estudiantes procurarán acortar el tiempo que tardan en recibirse; d) mejora la calidad, pues las universidades deben competir por los alumnos y para ello mejorarán la calidad y pertinencia de sus carreras.

Esta argumentación es la argumentación normal de que todo bien o servicio debe tener un precio en un mercado donde compiten los oferentes por demandantes. Teórica y empíricamente está demostrado que ese mecanismo no necesariamente generaliza la excelencia y pertinencia, sino que también puede producir comportamientos de competencia espuria (marketing, el alumno-cliente, una vez ingresado queda cautivo de la oferta diferenciada en un sistema que no admite transferencias entre establecimientos, y su retención pasa a depender de que pueda avanzar, lo que afecta la rigurosidad del proceso de evaluación, etc., etc.).

En todo caso, los mecanismos de mercado y el subsidio a la demanda conllevan una dualización del sistema educativo, con pocas universidades de alto nivel para alumnos con altos niveles de ingreso y muchas de baja calidad para alumnos con menores recursos.¹⁴

Sea mucho o sea poco, nada de lo que hicimos durante el Rectorado hubiera podido darse sin Susana Hintze, que aceptó ser vicerrectora y asumió meticulosa y creati-

¹⁴ “Construir la universidad en la adversidad. Desafíos de la educación superior en América Latina”, trabajo comisionado por la Unidad de Desarrollo Social y Educación de la OEA para su presentación en la Reunión de Ministros de Educación de las Américas, Punta del Este, 24 y 25 de septiembre de 2001.

vamente tareas no solo políticas, sino de organización de una universidad que entraba en la etapa de consolidación de su sistema político-administrativo. No intento siquiera recordar a todos los compañeros que hicieron posibles este desarrollo personal en la universidad porque olvidaría a tantos que sería peor que esta opción.

La economía social y la Maestría en Economía Social

Al final del Rectorado se habían aprobado la Licenciatura en Economía Política, que terminó ubicándose en el Instituto de Desarrollo Humano, y la ya mencionada Maestría en Economía Social (MAES), asumida por el ICO. Eran dos aportes a la renovación de la formación de economistas, hegemonizada (aún es así) por la formación alrededor del núcleo neoclásico, que cuando se absolutiza, se convierte en ideología teórica del neoliberalismo. Al regresar como investigador-docente al Instituto del Conurbano, este me propuso como director académico de la Maestría y mi atención se centró en el desarrollo del campo de la economía social y en el papel que la economía popular jugaba o podía jugar en ella. Paradójicamente, por reciente, esto es más largo de contar que todo lo previo, pero intentaré reducir mi historia en esta etapa.

De entrada, la Maestría fue concebida como un proyecto de formación, investigación y acción. Al diseñarla inicialmente no encontramos antecedentes de una maestría equivalente en el mundo de habla hispana. Sí había posgra-

dos en cooperativismo o en la gestión de organizaciones no gubernamentales o tercer sector. Pero eso tenía poco que ver con el proyecto de la MAES, sostenido por entonces en el trío con Alberto Federico y Susana Hintze más un valioso equipo de docentes de la UNGS y externos. Un objetivo no desdeñable que teníamos era mostrar que la economía social era, entre otras cosas, un campo científico. En esa línea, buscamos constituir una comunidad de investigadores que se sintieran identificados con este enfoque una vez convocados. Teníamos la convicción de que muchos investigadores “hacían economía social” aun si no se autodenominaban así. Para ello creamos la Red de Investigadores Latinoamericanos de Economía Social y Solidaria (RILESS), que ahora cumple 10 años junto con la MAES. Aquí Gonzalo Vázquez jugó un papel significativo como administrador y estimulador de la Red. Al poco tiempo buscamos el auspicio de otras universidades de la región y con una de ellas, UNISINOS (Brasil) y Luiz Inácio Gaiger, pasamos a cocoordinar la Red. En la misma línea de organizar el campo se puso en marcha la Colección de Lecturas de Economía Social, destinada a publicar traducciones de obras importantes para nuestra enseñanza, trabajos de autores latinoamericanos y algunos resultados de las futuras tesis (en este año en que celebramos una década de MAES, completaremos una evaluación de la contribución al conocimiento de las tesis terminadas hasta ahora).

La malla curricular de la MAES respondía a una postura de hecho que luego fue tomando densidad epistemológica:

“lo económico” no era materia de los especialistas usuales en economía, sino un objeto multidimensional que requería una multiplicidad de enfoques que habían sido dispersados por la organización positivista del conocimiento científico.

Pero inmediatamente se presentó otro objetivo de este proyecto: discriminar entre las prácticas autodenominadas de “economía social” tanto conceptual como políticamente. Al nacer la MAES, en medio de la crisis de inicios de siglo, frente a la masividad del desempleo y la pauperización, el gobierno de turno lanzó un programa de política social, conocido como el “Jefas y Jefes”, por el que se otorgaba un subsidio mínimo a cambio de realizar actividades entre las cuales se contaba el autoempleo asociado con otros beneficiarios. En el gobierno de Néstor Kirchner, esto fue denominado “economía social” y ubicado en el Ministerio de Desarrollo Social. Esto no era una peculiaridad argentina, desde aquí hasta México se difundían este tipo de programas, auspiciados por el Banco Mundial como un método de bajo costo para sostener la gobernabilidad en medio de la crisis social que experimentaban las mayorías.

Era una tarea obligada demostrar la naturaleza de esos programas y su diferencia con la propuesta que en 2001-2002 iba a emerger del Foro Social Mundial: otro mundo era posible, otra economía era entonces posible, una tarea política era, entonces, construir esa otra economía. Justamente en 2004, Alberto Federico y Susana Hintze editaban la versión en español del *Diccionario de la Otra Economía* del que produjimos otra versión en el 2009. En el 2007 desde

la RILESS lanzamos la revista *Otra Economía*. Al avanzar el proyecto fuimos afirmando la necesidad de marcar la diferencia con los enfoques de los países industrializados, particularmente los europeos y Canadá. La organización del volumen *La economía social desde la periferia* apuntaba a tal fin. En ese sentido, los lazos fraternales de cooperación con Jean-Louis Laille, principal exponente de la economía social en Francia, fueron muy significativos.

El sentido de esta colección de trabajos, varios de ellos inéditos, es contribuir a un diálogo sobre la economía social que se sitúe en el sistema-mundo, ubicados geográfica, cultural y políticamente desde la primera periferia (bautizada por el centro como AL: América Latina) del primer sistema-mundo (eurocéntrico). Al hacerlo, no podemos dejar de hibridar conocimientos y horizontes culturales, pues existe una relación histórica (aunque asimétrica) con el pensamiento humanístico y científico occidental (como se verifica en la mayoría de las citas de textos teóricos en este volumen). En el trasfondo de los trabajos estarán el pensamiento crítico de raíz marxiana, de los diversos socialismos, de la teología de la liberación, de la pedagogía de la liberación freireana, pensamiento que acompañó una historia marcada por el dilema de adaptarse, modernizándonos, o rebelarnos ante las diversas formas del colonialismo y del imperialismo, sumando la fuerza que nos da el hablar profundo de la Amerindia rebelde que hoy resurge con un mensaje ético y político superador, y sin duda faltan las nuevas hibridaciones de identidades y movimientos de la región que se representan en ese crisol que es el Foro Social Mundial.¹⁵

¹⁵ *La economía social desde la periferia. Contribuciones latinoamericanas*, Los Polvorines, UNGS, 2007.

Con Ruth Muñoz, quien me acompañó varios años después de Susana Hintze como coordinadora académica de la MAES, venimos trabajando en mostrar, desde un instituto centrado en lo urbano, la fertilidad del campo teórico de la economía social esperando sentar bases justamente para una economía social urbana que proponga una entrada multidisciplinaria a lo económico urbano, colonizado y estancado por la pobreza del análisis neoclásico de los mercados.

El carácter político que para mí tenían estas búsquedas se manifestaba de varias formas. Así, participé y participo de los debates sobre la otra economía (¿social?, ¿socialista?) que detonan los procesos de las revoluciones andinas: la indígena de Bolivia, la ciudadana de Ecuador, la bolivariana de Venezuela.

Para discutir opciones para la economía deberíamos acordar una definición general compartida. Aquí entendemos por ECONOMÍA el sistema de INSTITUCIONES, VALORES Y PRÁCTICAS que SE DA UNA SOCIEDAD para que sus miembros y la sociedad toda se ubiquen en la división social del trabajo global, organizando la producción, distribución, circulación y consumo de bienes y servicios realizando el metabolismo socio-natural (intercambio de energía entre los hombres en sociedad y el resto de la naturaleza) de modo de satisfacer de la mejor manera posible (reproducción ampliada de la vida en cada momento histórico) las necesidades y deseos legítimos de TODOS los miembros de esa sociedad (incluyendo las generaciones futuras).

[...]

El problema de cómo fijar los términos del intercambio en una sociedad no regida por el valor de cambio sino por el valor de uso es complejo, y no se resuelve ni con computadoras con enorme capacidad para calcular las relaciones de insumo-producto en las cadenas de producción entrelazadas, ni con fórmulas simples como que el valor de cada bien se mida por las horas de trabajo desplegadas por cada productor particular. Además resta ver cómo se incluye la energía de la naturaleza en esas relaciones. No creemos que se pueda resolver como un problema cuantitativo y apelando a que la esencia se transparente en la superficie de los fenómenos, sino que es una cuestión compleja que tiene raíces éticas (¿qué es un precio justo?), culturales (las instituciones del mercado tienen historia y varían con las culturas) y políticas (el mercado es un campo de fuerzas) y no se resolverá en un modelo homogeneizante sino en un sistema de instituciones aún por construir tratando de dar cuenta de un mundo de diversidad (no reducible a clases, menos aún a dos clases).

[...]

En la larga transición que tenemos por delante llamamos Economía Social a las prácticas que van construyendo segmentos crecientemente organizados por trabajadores asociados que siguen esa lógica reproductiva sobre la base material de la economía popular, que es hoy parte subordinada de la economía capitalista. Se trata de organizar un subsistema orgánico de economía socialmente consciente de los lazos intersubjetivos, intercomunitarios en diversas escalas y de las relaciones sociales y con la naturaleza que se van institucionalizando, que entre en tensión con la economía del capital y la economía pública junto con las cuales constituye una contradictoria economía mixta. Si esto es una vía a alguno de los socialismos

del siglo XXI o no, escapa a nuestro objetivo examinarlo en esta presentación. Pero no nos cabe duda de que es un camino necesario para otra sociedad más igualitaria, más justa, donde personas y comunidades tengan más libertad a la vez que resueltas sus necesidades.

[...]

Consideramos que en un programa socialista, el sentido de la economía no puede volver a ser crecer y desarrollar la tecnología para dominar la naturaleza: su sentido principal es resolver las necesidades intergeneracionales garantizando ya la subsistencia de todos (mediante diversos satisfactores que en grandes categorías abarcan alimento, salud física y mental, procreación, vivienda, abrigo, trabajo, descanso, entorno vital, etc.). Los satisfactores se conforman como modos sinérgicos de aplicar bienes y servicios para resolver las carencias y activar el potencial que implican las necesidades como tensiones movilizadoras de la acción humana. Son múltiples, y la complejización de las sociedades ha multiplicado casi al infinito las formas de configurarlos, constituyéndose en una forma de diferenciación cultural, resistente a la homogeneización.

Mientras las necesidades pueden ser colmadas (satisfacer el apetito), los deseos pueden no tener límites. En algunas culturas puede cultivarse la frugalidad y el equilibrio del cuerpo y la mente, en otras (como la occidental) propugnarse el deseo sin freno como una condición de lo humano y, por tanto, de su economía. De hecho, la estrategia capitalista para competir ha incorporado como acción estratégica la manipulación de los sentimientos y deseos para completar el ciclo de reproducción del capital a través del consumo. Creemos que un programa socialista deberá tener una respuesta alternativa a la desigualdad entre culturas coloniales y colonizadas, y más en general

a la maximización individual del deseo, pero que no puede meramente pretender suprimirlo en nombre de la igualdad.

[...]

Un programa socialista debería entonces politizar el mundo de los deseos, en el sentido de generar una reflexión y acciones colectivas de la comunidad política y acuerdos democráticos basados en el pleno conocimiento y responsabilidad sobre las consecuencias para sí y para los demás de las modalidades de consumo asumidas.¹⁶

Las relaciones entretejidas durante mi estadía anterior en Ecuador, el haber sido colega, compañero o maestro de la generación que hoy participa en ese proceso me ha dado la fortuna de poder incorporarme de manera semipresencial en las búsquedas de otra sociedad y otra economía que allí están en marcha desde que los movimientos sociales desplazaron uno tras otro a los gobiernos que incumplían su pacto electoral y abrieron el espacio para un gobierno con proyecto nacional y popular. Participar en el diseño de instituciones jurídicas y en los debates de interpretación del mandato constitucional ha enriquecido mi perspectiva y ensanchado las preguntas que generan procesos de esa envergadura. Otros compañeros de la MAES se han sumado a este esfuerzo y hoy estamos a punto de iniciar una Maestría de Economía Social y Solidaria en el Instituto de Altos Estudios Nacionales ecuatoriano.

¹⁶ “La economía social y la búsqueda de un programa socialista para el siglo XXI”, en *Revista Foro*, n° 62, Bogotá, octubre de 2007.

La Constitución del Ecuador define la Otra Economía como un Sistema Económico Social y Solidario. La transición a un SESS implica un salto en la calidad y escala de la solidaridad. Supone pasar, en primer lugar, de la solidaridad intra UD familiares/comunitarias y emprendimientos económicos (ya sean los microemprendimientos familiares o las grandes cooperativas y asociaciones) a la cooperación y complementación orgánica conscientemente acordada entre diversas organizaciones de un mismo territorio, sector o encadenamiento intersectorial (nivel meso). Asociaciones de comunidades que resuelven colectivamente condiciones generales de su vida; productores que comercializan y se abastecen juntos, que comparten marcas y responsabilidades por la calidad de sus productos; asociaciones de consumidores y usuarios de servicios que compran o gestionan juntos; ahorristas que agregan sus ahorros y definen conjuntamente políticas de crédito solidario que se orientan al desarrollo de la comunidad local; cooperativas que se hacen responsables por la calidad social y ambiental de sus productos, que se unen entre sí para invertir en las condiciones generales de la producción y la vida comunitaria; comunidades que acogen e integran a los discriminados, a los que nunca tuvieron empleo, a los excluidos por el capital; vecinos que conforman asociaciones de gestión conjunta del hábitat que se articulan con otras para resolver condiciones de infraestructura compartida o encarar otras necesidades (empleo de los jóvenes, educación, actividades culturales...); diversidad de organizaciones económicas autogestionadas que dan tiempo voluntario para participar en instancias de deliberación y acción por la comunidad, más allá de su interés material inmediato; redes locales, nacionales e internacionales de comercio justo; comunidades que

organizan sus propias finanzas solidarias, que emiten y gestionan monedas locales para el intercambio endógeno y solidario de sus trabajos y productos; redes que comparten conocimiento económicamente valioso, como las redes de software libre; la diversidad de redes de protección solidaria o de defensa de derechos sociales basadas en el trabajo voluntario; universidades y escuelas que comparten infraestructura, coordinan estrategias de formación e investigación, y mucho más. En todos esos casos es evidente que solidaridad es inseparable de co-responsabilidad social

[...]

Al complejizarse, las interrelaciones horizontales van reclamando y generando espacios públicos donde los actores de la economía solidaria pueden progresivamente autorregularse sin necesidad de una vigilancia directa del Estado, orientados por el paradigma del Buen Vivir. Nada de esto es natural ni exento de conflictos, resulta de una construcción política y cultural, del desarrollo de formas de convivencia basada en el reconocimiento de lo diverso. Por lo que la construcción de Otra Economía requerirá seguramente un nuevo sistema de resolución de conflictos.

Desde la perspectiva de un SESS la planificación democrática incluye un triple movimiento: uno de abajo hacia arriba, desde los territorios/comunidades al Estado plurinacional, identificando las condiciones para la reproducción inmediata de la vida digna de su población, otro desde el Estado plurinacional hacia los territorios/comunidades, identificando los grandes objetivos estratégicos para la sociedad en su conjunto y un tercero horizontal, entre territorios/comunidades y sus gobiernos jurisdiccionales, afirmando la complementariedad antes que la competencia entre regiones y etnias. Esto inclu-

ye la difusión de las metas y los ritmos de avance en relación a la igualdad, justicia, racionalidad ecológica, la inserción en la división internacional del trabajo, la integración con otros países de la región, etc. y desde allí pautar las prácticas en los territorios, potenciándolas. En ese triple movimiento cabe diferenciar el corto, el mediano y el largo plazo. Para tomar un aspecto, en términos de calidad de vida, el corto plazo puede determinarse por el tiempo que lleva lograr la supervivencia de todos, el mediano por el tiempo que lleva alcanzar una vida digna para todos los que estaban excluidos de ella, el largo plazo por el tiempo de la transformación estructural y cultural.

[...]

La EPS puede contribuir firmemente a los objetivos de producción y, al hacerlo, transformarse a sí misma: reducir el peso de los trabajos de intermediación y financiamiento redistribuyendo el excedente a favor de los productores, ampliando su vocación productiva de bienes necesarios, incorporar tecnologías que multipliquen su productividad social, ganar en escala mediante la compactación de los pequeños emprendimientos y el impulso a la asociación y la cooperación a nivel mesoeconómico, erradicar las prácticas expoliadoras propias del patriarcado, asegurar sistemas de representación basados en la responsabilidad de todos y no en la transferencia de poder a una clase de representantes profesionales. Nada de eso podría lograrse en base exclusivamente a un discurso moralista. Será necesario demostrar en la práctica que el interés y el desinterés no son contradictorios, como no lo son la reciprocidad y la competencia.¹⁷

¹⁷ “La economía social y solidaria y el papel de la economía popular en la estructura económica”, presentado en el Seminario Internacional “Rol de la

Los tres procesos antes mencionados constituyen hoy ejemplos de sociedades que buscan (a la Polanyi) reencastar social y políticamente el mercado, construir sociedades *con* mercado y no *de* mercado. Y los pueblos originarios (no solo los andinos) nos plantean un gran desafío: descolonizar nuestras sociedades, desplazar el sistema civilizatorio de la Modernidad y su desarrollismo, restablecer la relación respetuosa con la naturaleza, y nos proponen el buen vivir o el vivir bien, lo que nos lleva a un diálogo y a la necesidad de la traducción que postula Boaventura de Souza Santos.

Creemos que el alcance y sentido de la propuesta socio-cultural traducida al español como “Vivir Bien” o “Buen Vivir” debe buscarse en la comprensión de su historia, que es la de los pueblos indígenas, y en la diversidad de relatos orales o escritos por parte de miembros de las culturas aymara y quichua respectivamente. Existe ya una profusión de definiciones, interpretaciones y “lecturas” que se hacen desde la cultura occidental, en particular desde las ciencias sociales hijas del positivismo de la modernidad, y de las disciplinas hermenéuticas, en muchos casos buscando una traducción unilateral, no dialógica, de los contenidos.

Al respecto, dudamos de la pertinencia de algunos de los procedimientos que se vienen manifestando, en particular el intento de recodificar esa cosmovisión para su uso en la coyuntura en términos del lenguaje científico, analítico, homogeneizante, como es propio de la modernidad. Un ejemplo de esto es la apurada búsqueda de “indicadores objetivos”, particularmente cuantitativos,

Economía Popular y Solidaria y su aporte en el Sistema Económico Social y Solidario”, 24 al 26 de julio de 2013, Quito, Ecuador.

del VB. Se busca que puedan ubicarse en la misma métrica que los que provienen de una versión de la utopía liberal de sociedad, del desarrollismo, del eficientismo y del economicismo (en términos, en última instancia, de una economía y una sociedad de mercado, funcionando como utopía y proyecto político) implantados desde la Segunda Guerra Mundial y afirmados durante treinta años de pensamiento único en los lenguajes de la política pública. Nos parece que, aun cuando esa búsqueda se inscriba en la crítica de izquierda, moderna, del capitalismo, se corre el riesgo de empobrecernos al pretender reducir lo cualitativo a lo cuantitativo.

Es necesario aclarar que nos referimos a la traducción del VB o del Buen Vivir (BV) como propuesta de convivencia y no a las condiciones para alcanzarla en una sociedad “moderna”. Efectivamente, una buena parte de esas condiciones, en particular las materiales, pueden expresarse según criterios técnicos mediante indicadores cuantitativos, descriptivos o normativos (ej.: la distribución de la tierra de diversa productividad entre sectores poblacionales, las tasas de morbilidad, las correlaciones entre indicadores de acceso a bienes materiales y sectores étnicos, las relaciones de densidad de población, etc., evaluados según criterios de igualdad). Sin embargo, ¿cómo medir, por ejemplo, el “reconocimiento del otro”, la “autonomía”, la “reciprocidad”, o la comunidad misma? A la vez, ese tipo de intentos de traducción puede ser eficaz como parte de una estrategia de alianza contra-hegemónica con las propuestas críticas que vienen emergiendo desde el mismo campo de la ciencia y la hermenéutica occidental, contra el desarrollismo y el pensamiento único aún vigentes. Sin embargo, al seguir encuadrados en la metodología cuantitativista, las posiciones progresistas (lo que además arrastra la carga

de la definición moderna de “progreso”) no terminan de salir de la matriz cognitiva subyacente al programa político neoliberal. Creemos que esa contradicción debe explicitarse para vigilar que el procedimiento de diálogo no resulte ser un nuevo intento de asimilación.

Un ejemplo de esto puede ser la denominación “derechos de la naturaleza” de la Constitución ecuatoriana, que puede entenderse como una traducción de la cosmovisión indígena a la cultura de los derechos humanos. (La cultura andina afirma obligaciones hacia la comunidad antes que derechos: Ama sua (no robarás), Ama llulla (no mentirás), Ama sipiq (no matarás), Ama qella (no serás ocioso). Por eso mismo puede afirmarse que la naturaleza es sujeto, recayendo en una concepción antropocéntrica. Puesto así, esto no deja de ser conceptualmente problemático para la geometría de la cultura occidental, incluso la de su izquierda. En todo caso harán falta actores sociales vicarios que defiendan esos derechos, sea el Estado sean de la sociedad civil.

En todo caso, con las dificultades inevitables, parece prudente entablar un diálogo con autenticidad y pleno reconocimiento de la diferencia y la irreductibilidad, en uno u otro sentido. Sin pretender, tampoco, la “conversión” de unos por los otros, sino apostando a una pluralidad cultural, abierta a todos los aprendizajes y cambios de mirada que resulten de un intercambio genuino entre pares, sin declarar superioridades ni idealizaciones. Como propone Boaventura de Sousa Santos: “... todas las culturas son incompletas y problemáticas en sus concepciones de dignidad humana. La incompletitud proviene de la existencia misma de una pluralidad de culturas pues, si cada cultura fuese tan completa como se juzga, existiría una sola cultura. El reconocimiento de

las incompletitudes mutuas es una condición *sine qua non* de un diálogo intercultural”.

En esto hay que considerar que no se trata siempre de un diálogo con pretensión de autenticidad. De un lado y otro habrá propuestas de agendas de debate y defensa de conceptos centrales en busca de un lugar en el discurso político. En el mismo sentido las disputas entre organizaciones políticas pueden dar lugar a confrontaciones conceptuales manipuladas estratégicamente.¹⁸

El involucramiento en procesos de transformación necesita de buenas teorías. Incluso una modesta ampliación del marco teórico implicó e implica abreviar en grandes pensadores de las ciencias sociales, desde Marx y Polanyi hasta Dussel y Hinkelammert. Por supuesto que somos varios en eso. En lo que a mí respecta, fue un privilegio poder editar una selección de textos poco conocidos de Karl Polanyi y *Economía, sociedad y vida humana* de Franz Hinkelammert y Henry Mora, haciendo una lectura inversa desde las ideas provenientes de la economía social.

Para Polanyi, la historia muestra que las comunidades y sociedades más diversas han resuelto la cuestión económica manteniendo la actividad económica integrada dentro de la lógica de las relaciones que las constituyen. Es la totalización inédita de una de esas instituciones, el mercado, lo que ha hecho que las condiciones materiales de la vida social sean dejadas en manos de un mecanismo autorregulado según su propia lógica.

¹⁸ “La economía social y solidaria: hacia la búsqueda de posibles convergencias con el vivir bien”, en: Ivonne Farah y Verónica Tejerina (coords.), *Vivir bien: infancia, género y economía. Entre la teoría y la práctica*, La Paz, CIDES-UMSA, 2013.

Ese mecanismo pasa a determinar (en este caso sí hay determinismo económico de lo social) la estructura y dinámica de la sociedad. Se generalizan así los valores, las disposiciones y las pautas de acción específicas del mercado a todas las esferas de la vida humana, en dirección a una sociedad de mercado sin posibilidad de estabilizarse y perdurar.

[...]

La institucionalización puede ser resultado de procesos históricos sin sujeto (cristalización objetiva de usos o costumbres) sobre la que, sin embargo, pensadores como Aristóteles pueden reflexionar, valorar y proponer la dirección correcta a la Polis. Al afirmarse la posibilidad de una construcción consciente, surge explícitamente la cuestión del sujeto (e. g., el Estado moderno o las mismas fuerzas sociales o políticas que lo fundan), que sanciona o inventa y pretende institucionalizar sistemas de prácticas económicas. La acción intencionada no garantiza lo bueno, pues la institucionalización puede ser eficaz para la reproducción y desarrollo social o bien puede profundizar las condiciones para la fragmentación social. Así, la forma capitalista de institucionalizar la economía durante el siglo XIX, fue resultado de una construcción política. Polanyi describe ese proceso en *La gran transformación* (LGT), así como el modo en que la aplicación del liberalismo económico condujo a situaciones insostenibles y desesperantes a inicios del siglo XX. Esto dio lugar a nuevas acciones desde la política (proteccionismo exacerbado, fascismo, socialismo estatista, socialdemocracia) cada una con su propio proyecto social, en lo que Polanyi denomina un “doble movimiento” para superar las tendencias a la autodestrucción de la sociedad reencastrando/reintegrando socialmente la economía. Lo que está en juego entonces es la posibi-

lidad de subsistir como sistema social (esto no implica armonía ni ausencia de contradicciones internas) ante procesos o políticas expresas que lo ponen en crisis. Pero las respuestas que se da la sociedad son a su vez procesos complejos no instantáneos, que pueden tener efectos no deseados como el de agravar el riesgo de destrucción de lo propiamente humano. No debe extrañar que Polanyi dedique especial atención a la relación entre economía y libertad en lo que considera “la última etapa de nuestra civilización tecnológica”.

[...]

A nuestro juicio, al menos en lo relativo a la comprensión de la sociedad moderna, la perspectiva institucionalista de Polanyi no sustituye el concepto marxiano de modo de producción. Por el contrario, agrega un marco muy rico, menos determinista o más contingente, lo que da más espacio a la política. Un marco de referencia valioso para comprender y actuar en el espacio de las prácticas que pretenden mantener o transformar las estructuras sociales existentes. Esto nos interesa particularmente por su posible contribución a la definición de un programa de acción de ESS en las condiciones específicas de las sociedades de América Latina. Aquí hay un amplio espectro de visiones de lo deseable y lo posible. Si vamos más allá de las acciones que introducen relaciones de solidaridad en grupos o sectores marginados del sistema económico, procurando insertarlos o reinsertarlos en este, la propuesta de reinstitucionalización de la economía (“la otra economía”) puede ser la de un cambio en la jerarquización y peso de los modelos básicos de integración social de la economía, sin salir del modo capitalista de producción (al estilo de la construcción del Estado de bienestar, planificador, redistribuidor y regulador del mercado

que dio lugar al capitalismo organizado y sus “30 años gloriosos”). O puede ser parte de un proceso de transición societal más profunda, otra gran transformación. En todo caso, supone el descubrimiento y comprensión de esos principios generales de integración y sus formas de realización concreta.

[...]

La inevitable crítica a la modernidad debe incluir hoy el cuestionamiento del supuesto de que la civilización industrial vino para quedarse. Aun el cambio en las relaciones de propiedad no lograría superar la lógica destructora del mercado capitalista si no se revisa el modelo tecnológico de producción y en particular la relación con la naturaleza. En esto, América Latina, principalmente desde las voces de los pueblos indígenas, debe desconectarse del paradigma de la competitividad en el mercado global, no solo para evitar la vertiginosidad que señalaba Polanyi, sino para replantear profundamente la relación trabajo-naturaleza-necesidades, como nos propone la metáfora del Buen Vivir o el Vivir Bien. Hay mucho para debatir y aprender de las experiencias en el Sur, en el Norte, y entre el Norte y el Sur. En todo caso, las búsquedas del socialismo para el siglo XXI no pueden estar muy alejadas del programa de la Economía Social y Solidaria. Y el pensamiento de Karl Polanyi es una contribución fundamental al pensamiento crítico y propositivo en esa dirección.¹⁹

La Maestría de Economía Social cumplió sus diez años y sigue adelante. Seis cohortes de estudiantes han estimulado y enriquecido el proyecto. La enorme mayoría de ellos están hoy dispersos pero interconectados *haciendo economía social en universidades*, en centros de investigación, en el

¹⁹ “Karl Polanyi y la otra economía en América Latina”, en Karl Polanyi, *Textos escogidos*, Buenos Aires, UNGS-CLACSO, 2012.

Estado, con organizaciones sociales. Mirando hacia atrás, posiblemente este sea uno de los proyectos más sostenidos y satisfactorios que he experimentado. De hecho, la UNGS es la única institución en la que duré más de 10 años y el Instituto del Conurbano y la MAES tienen sin duda que ver con eso. Creo que he ido desplazándome no solo de lugar en lugar, sino de proyecto en proyecto, y este ha sido “sostenible”.

Termino con un anticipo. La preocupación por la economía social no es solo sobre qué es, sino sobre cómo se transita a otra economía y, principalmente, quién constituye el sujeto de esa transición. Lo que nos lleva a la cuestión de las nuevas izquierdas. En esa línea estamos trabajando con Jean-Louis Laville en un proyecto editorial que contiene unos cincuenta trabajos originales de autores de varias regiones, organizados en dos volúmenes titulados: *Hacia un nuevo proyecto emancipador. Contribuciones para una izquierda del siglo XXI*, y *La economía social y solidaria en movimiento. Nuevas perspectivas teóricas y prácticas*.

Los lectores que han llegado hasta aquí habrán advertido que obedecer a la tarea que me fuera asignada para el otorgamiento del título de Profesor Emérito no es fácil para nadie y que, para cumplirla, se quiera o no, lo ponen a uno en una jaulita con Narciso. Salgo de la jaula y dejo la puerta abierta para que Narciso ocupe el espíritu de alguno de ustedes o vuelva al estanco del que no debería haber salido.

Gracias, amigas y amigos.

Discurso del profesor José Luis Coraggio al asumir el cargo de rector*

Amigos y miembros del Consejo Superior: la etapa de organización y normalización de esta universidad ha culminado. A partir de hoy, ustedes, como representantes de los diversos sectores de la Universidad: alumnos, no docentes e investigadores docentes –y próximamente vamos a incorporar a dos representantes de la comunidad–, y la vicerrectora y yo, como representantes del conjunto de la universidad, encaramos una nueva, compleja y apasionante tarea: la de gobernar esta universidad junto con la Asamblea y los directores y consejos de Institutos.

En su proyecto fundacional, la Universidad Nacional de General Sarmiento intenta dar una respuesta innovadora a las demandas que enfrenta la educación superior en el país. La plena realización de ese proyecto requiere y merece

* Acto de asunción de las nuevas autoridades de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Campus de la Universidad, 30 de junio de 1998.

un buen gobierno universitario. El diseño del sistema de gobierno que nos lega el rector Domecq y que hoy inauguramos intentó que todos los integrantes de la comunidad universitaria fueran solidariamente responsables de realizar el proyecto institucional que nos convoca.

Así como en la Asamblea, en este Consejo Superior se encuentran representados todos los sectores de la Universidad, y están presentes los directores de los Institutos, que son las unidades de organización de la docencia y de la investigación. Los principales asuntos de política académica son previamente elaborados en los comités de investigación y de formación, donde están representados los Institutos, coordinados por las correspondientes Secretarías de Doctorado. A esto se suma que en los Consejos de Instituto hay delegados de cada uno de los otros Institutos.

Para completar el sistema, próximamente vamos a proponer la constitución de una tercera instancia, la de Planificación Estratégica, en la que también deberían participar todos los sectores de la Universidad. Nuestro cometido es hacer funcionar ese sistema de manera democrática, participativa, transparente, contribuyendo a generar una cultura de gestión y un modo cooperativo de hacer política universitaria que supere los moldes usuales de la confrontación entre intereses corporativos o entre proyectos alternativos atrapados en la disputa por el poder o los recursos.

Uno de los mayores desafíos que enfrentará este Consejo es preservar un marco institucional y definir políticas para orientar la Universidad de acuerdo a objetivos estratégicos,

y, a la vez, cuidar y alimentar los espacios de creatividad individual y grupal sin los cuales la calidad de aquellos objetivos no podría garantizarse. Así, el pluralismo teórico, metodológico y pedagógico deberá ser preservado en el interior de una comunidad que, a la vez, se hace solidariamente responsable por la calidad de sus aportes a los sistemas de conocimiento y pensamiento, por la formación de profesionales e intelectuales capaces de y dispuestos a asumir las tareas del próximo milenio, y por su contribución al desarrollo de la zona de donde provienen nuestros alumnos.

Con igual sentido de convivencia, las lógicas usualmente contrapuestas de la actividad académica y la gestión administrativa deberán reconocerse mutuamente y articularse como momentos igualmente necesarios para el logro de los objetivos trascendentes de la Universidad. La gestión administrativa debe ser reconocida, no solo como un servicio, sino como una disciplina, pues sus agentes son profesionales y trabajadores calificados de los que se esperan aportes creativos, y por ello deben encontrar en la Universidad un espacio de realización y de desarrollo personal.

Nuestro estatuto propone priorizar los mecanismos del consenso para la toma de decisiones, lo que también implica admitir y respetar las diferencias en el diálogo y cuando sea necesario aceptar la decisión de las mayorías tanto como el derecho al disenso. En esto, cada sector debe ser respetado en su autonomía relativa y en su perspectiva particular de la Universidad. Todo esto es un lugar común en el discurso, lo novedoso será hacerlo realmente.

Un buen gobierno universitario se apoya en gran medida en la transparencia de la gestión de los recursos económicos y de los procesos administrativos; desde el Rectorado vamos a propugnar un sistema de gestión transparente, cuyo control pueda estar ampliamente difundido entre los miembros de la comunidad universitaria. Esto contribuirá a su agilidad y eficiencia, así como a favorecer el uso austero de los recursos y la equidad en su distribución.

Una dimensión imprescindible de la gestión es la programación estratégica, que va más allá de la mera distribución anual de recursos. Las previsiones sobre la evolución del número de alumnos y de las demandas de formación deben reflejarse en la ampliación planeada de la oferta académica en el mediano y largo plazo y en las variantes adoptadas dentro de la estrategia pedagógica. Las asignaciones presupuestarias de cada año y las inversiones en infraestructura deben ser coherentes con las necesidades previstas para los subsiguientes. Los requerimientos de recursos convencionales y no convencionales deben ser calculados a partir del desarrollo deseado de nuestro proyecto institucional antes que meramente adaptar su alcance a las partidas asignadas por el Ministerio.

La distribución de los recursos debe también vincularse con la contribución a los objetivos de la Universidad, y en tal sentido, una evaluación no formalista, interna y externa de las actividades debe ser incorporada a la cultura universitaria. Cuando la evaluación externa se produzca, esta universidad deberá ser examinada por el grado de realización

de su proyecto singular, que desde su diseño original plantea tres objetivos estratégicos: la igualdad de oportunidades en el acceso a una educación de la más alta calidad, la calidad y relevancia de su investigación, y el aporte activo al fortalecimiento del sistema educativo secundario y al desarrollo integral de su zona de influencia.

El contexto de la transición que vivimos no es muy favorable o, al menos, es contradictorio. Se reconoce que la educación en todos los niveles es hoy una prioridad si queremos ser el país que podemos ser, proyectando toda la riqueza de identidades locales en un mundo global. Pero el mundo global se nos presenta con una doble cara: la posibilidad de ser ciudadanos universales y la cara amarga del ajuste, dictado por políticas económicas injustas que se justifican en nombre de la naturaleza del mercado, pero que ocultan el poder irrestricto del capital financiero. Se propugna la innovación, pero ese objetivo no se corresponde cabalmente con la asignación de recursos. La globalización sacude a los sistemas productivos aletargados, pero golpea a la sociedad local, degrada la vida social, precariza el sustento y dificulta la dedicación de alumnos e investigadores-docentes limitando la formación del capital humano indispensable para el desarrollo de los nuevos sistemas productivos y la profundización de la democracia.

Es prioridad de un buen gobierno universitario defender una remuneración adecuada para sus docentes, darles acceso a la investigación, a la vez que hacerlos responsables por los resultados de esa inversión social. Pero es también

imprescindible usar austeramente los recursos y ampliar las fuentes de ingresos para posibilitar que el mayor número posible de estudiantes puedan ser auxiliados con becas, actualizar las capacidades laborales de alumnos y egresados, y mantener las estructuras de la Universidad abiertas para incorporarlos en sus actividades de investigación, docencia y servicio. Sin duda, es necesario defender la prioridad de la inversión en la educación pública, no como mero interés corporativo, sino como afirmación de que el país debe invertir en la investigación y la educación como condición para retomar la senda de un desarrollo integral conscientemente orientado. Pero además, es necesario poner en acto nuestras capacidades para resolver los problemas más significativos que se plantea la sociedad, su economía y su gobierno, y obtener recursos adicionales por esa vía.

El contexto penetra la universidad argentina. Lejos de ser una torre de marfil, la universidad está hoy sufriendo el impacto de las políticas de reducción del gasto público y la instrucción de valores de mercado. Está atravesada por las reglas de un sistema político competitivo que pretende ocuparla como territorio en disputa. Está trabada por el corporativismo disciplinario que impide el trabajo interdisciplinario que hoy reclaman los grandes problemas sociales y los grandes desafíos tecnológicos. Parece bloqueada, en fin, para encarar el desafío de autorreformarse, ejerciendo una autonomía responsable ante la sociedad.

El sistema de asignación presupuestaria, aún demasiado rígido para favorecer la innovación y el cambio de calidad,

amenaza con limitar nuestro desarrollo, aunque nuestro presupuesto sea absolutamente marginal en el conjunto del sistema. Pero los objetivos estratégicos no pueden resignarse ante los primeros límites que experimentamos, no pueden negociarse ni la igualdad de oportunidades en el acceso a una educación de alta calidad ni el derecho a buscar nuevas respuestas a la problemática universitaria, ni la conexión entre investigación, docencia y acción con la sociedad. La respuesta a las restricciones externas no puede ser la renuncia a los objetivos estratégicos, sino que estos deben orientar y fortalecer nuestro llamado a priorizar la inversión pública en una educación superior responsable y multiplicar nuestro esfuerzo para generar recursos adicionales. Debemos superar la usual dialéctica negativa que en condiciones de recursos restringidos lleva nuevamente a la separación entre investigación y docencia, a la alienación de la universidad respecto de la sociedad, a la degradación de la calidad de enseñanza.

A medida que más ciudadanos deciden estudiar, más recursos complementarios deben fluir para apuntalar la principal inversión que hoy está llamada a emprender todo país para ampliar su capital humano. Pero esto solo pueden reclamarlo legítimamente las universidades si sus recursos son usados de manera eficiente, austera; si los proyectos universitarios suponen un apego a las reglas de la ciencia o de la hermenéutica de alta calidad, y si investigaciones y formaciones se tornan relevantes y pertinentes para contribuir a la producción de sentido o a la exploración de

nuevas soluciones a los problemas de la época. Será nuestra responsabilidad gobernar nuestra singular universidad en medio de esta transición contradictoria que plantea nuevas posibilidades y a la vez limitaciones de dureza inusitada que obligan a renovar creativamente las pautas de la vida universitaria.

Cuando el rector organizador Roberto Domecq inició esta empresa, contaba, como él siempre nos cuenta, con una ley de creación de la universidad, unos magros recursos iniciales y muchas ideas innovadoras. Con ese punto de partida, bajo su dirección fue surgiendo el diseño de una universidad nueva que, por su calidad, fue ampliando el espacio de su propia posibilidad. De su gestión, debemos agradecer el legado y las bases firmes para construir una universidad diferente.

Hoy sufrimos de penuria presupuestaria, pero a la vez contamos con recursos significativos. Tenemos una infraestructura en marcha, como es evidente en este lugar, inversión incompleta que, esperamos, sea especialmente priorizada por el Ministerio de Educación para facilitar nuestra contribución a la innovación en el sistema universitario y contribuir a consolidar la identidad en nuestra universidad. Tenemos más experiencia sobre nuestro proyecto: la del curso de aprestamiento universitario, la del primer ciclo universitario de tres años, que está por completarse en el segundo semestre de este año, la del curso de posgrado en economía industrial.

Conocemos mejor las disposiciones y disponibilidades reales de nuestros alumnos, que han respondido de manera esforzada a un proyecto educativo exigente. Hemos avanzado en el terreno de la formación de efectivos grupos interdisciplinarios. Tenemos la experiencia de nuevas relaciones con municipios y diversos sectores de la sociedad local. Contamos con la Fundación de la Universidad Nacional de General Sarmiento, que nos ha permitido poner en marcha un programa que propicie el encuentro de los actores locales, acompañando su búsqueda de vías locales para otro desarrollo. Asimismo, la Fundación comienza ya a canalizar recursos para becar más estudiantes. Tenemos la experiencia de relación con el sistema educativo local. Contamos con un reconocimiento en la sociedad local y en el sistema universitario, que son a la vez recurso y fuente de nuevas demandas tensionantes sobre la Universidad. Los proyectos de institutos se convirtieron en institutos reales, dotados, como estaba previsto, de una planta excepcional de investigadores-docentes con la energía creativa que desata la dinámica entre proyecto y realidad. Por todo esto, luego de estos fructuosos años de organización presidida por el doctor Domecq, podemos ahora asumir esta etapa con otro punto de partida, más rico y más complejo, con una historia de la que debemos aprender; punto de partida desde el cual deberemos seguir consolidando y adecuando el proyecto institucional de esta Universidad.

El reciente proceso eleccionario mostró que el proyecto institucional que nos convocó y sus rasgos característicos han sido asumidos por todos nosotros.

Los objetivos están claros. Para alcanzarlos, es necesario gobernar la Universidad dentro de su nueva institucionalidad democrática. La cuestión es cómo gobernarla aceptando las contradicciones inevitables de todo proyecto colectivo. Cómo realizar los objetivos de conjunto a partir de las individualidades, de los intereses inmediatos y estratégicos de investigadores, docentes y alumnos de diversas disciplinas, de no docentes, de la comunidad local. Cómo lograr ampliar los límites de la creatividad social sin por ello anular las creatividades individuales o, a la inversa, cómo apoyarse en la fertilidad de las particularidades sin impedir que se frustre el gran objetivo por la falta de coordinación y dirección de conjunto.

Esos y otros dilemas desafían hoy a la universidad argentina y a la nuestra en particular: cómo conjugar la libertad creativa con la eficacia de la organización. Cómo ser autónoma y a la vez responsable socialmente. Cómo vincularse con el sistema político sin alinearse partidariamente. Cómo ser democrática y a la vez ágil y eficiente. Cómo ampliar su base de recursos sin subordinarse a las estrechas demandas del mercado. Cómo propiciar la participación de los estudiantes sin caer en la demagogia y el clientelismo. Cómo administrar la escasez de recursos sin caer en la lógica del juego de “suma cero” en el que lo que uno gana otro debe perderlo y la totalidad no es más que la suma de las partes. Cómo poder disentir sin enemistarse. Cómo generar unidad en base a lo diferente.

Cuestiones que son otros tantos desafíos para el entendimiento y para la práctica, desafíos que deben movilizarlos y no paralizarlos. Las peculiaridades de esta universidad deberán ahora acentuarse aún más pues no se trata ya solo de plantearse objetivos inusuales, sino además de perseguirlos en base a mecanismos también poco usuales de autogobierno.

El protocolo indicaba que yo debía iniciar nuestra primera sesión con un discurso, este que estoy por terminar. No obstante, mi papel como presidente del Consejo no será dar discursos, sino facilitar que todos los representantes de esta comunidad universitaria podamos realizar nuestro derecho a la iniciativa, al ejercicio responsable de nuestra creatividad para institucionalizar un estilo solidario y eficiente de la funciones que nos han delegado. En este acto, declaro en funciones el Consejo Superior de la Universidad Nacional de General Sarmiento y nos deseo el mejor de los éxitos en nuestros trabajos durante este primer período de autogobierno.

Gracias.

Discurso del profesor José Luis Coraggio al dejar el cargo de rector*

Señor secretario de Educación Superior de la Nación, doctor Juan Carlos Pugliese, miembros de la comunidad universitaria de General Sarmiento, amigos de la Universidad, miembros de la sociedad local, señores rector y vicerrector electos, demás autoridades: quiero dejar constancia de que hay cuatro informes anuales de gestión y un informe que comprende los cuatro años de gestión, que están disponibles para todos los que quieran saber cómo hemos trabajado, qué hemos logrado y qué no hemos logrado en estos cuatro años; están en la Biblioteca de la Universidad, de manera que todos pueden acceder a ellos. Por esto, no voy a intentar hacer un resumen de esta gestión.

Por un momento, fui a buscar el discurso que leí cuando me hice cargo de este rectorado y pensé en releerlo aquí para

* Acto de asunción de las nuevas autoridades de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Campus de la Universidad, 1º de julio de 2002.

que se viera si habíamos hecho o intentado hacer lo que allí se decía o no; pero no se preocupen, no voy a leer el discurso de hace cuatro años. Pero sí quiero decir que una cosa son discursos y otras son prácticas. Yo voy a hablar de algunas de las prácticas que hemos impulsado y que hemos logrado ir institucionalizando, en conjunto con la Asamblea Universitaria y el Consejo Superior de la Universidad, con el equipo de directores y los Consejos de Institutos, y con todos los miembros de esta comunidad.

La Asamblea, que culmina con nosotros su proceso de cuatro años, asumió, reformó y adecuó el Estatuto que recibía de la gestión del rector organizador y lo hizo democráticamente, le dedicó tiempo, discutió, debatió, y el Estatuto que hoy tenemos es un Estatuto que ha sido generado por una gestión electa democráticamente.

El Consejo Superior mostró que es posible discutir, que es posible debatir, que es posible buscar las mejores soluciones para una institución que, siendo tan compleja como es una universidad, no puede dejar de tener conflictos. La eficacia de ese Consejo Superior y de sus comisiones hizo que la Asamblea pudiera cumplir sus funciones fundantes y no tener que ser convocada en ningún momento para dirimir o para decidir cuestiones adicionales. El sistema institucional con que se diseñó esta universidad ha funcionado.

Las discusiones se dieron –creo que estoy haciendo una síntesis adecuada– en el marco de la legitimidad que da compartir un proyecto institucional. Las diferencias tuvieron que ver, muchas veces, con distintas opiniones

sobre cuál era la mejor manera de implementar ese mismo proyecto institucional.

Todos los que mencioné al comienzo hemos mantenido una posición clara acerca de que esta es una universidad autónoma de corrientes partidarias, y esa autonomía se ha sostenido. Hemos mostrado que somos una comunidad de aprendizaje porque, habiendo innovado, habiendo creado un sistema de formación dividido en dos ciclos y con carreras innovadoras, cuando al cabo de aplicarlo cuatro años advertimos que podíamos mejorarlo, lo hicimos. Aprendimos de nuestra propia experiencia, y lo interesante, además, fue que esa discusión –sobre cuál era el mejor plan de estudio para garantizar la formación de más alta calidad para nuestros estudiantes– fue hecha participativamente; implicó que salieran materias y que entraran otras, que se desplazara la carga docente entre unas y otras unidades académicas; y todos sabemos que en universidades que no pueden regular los conflictos de intereses y las visiones particulares, un proceso de ese tipo normalmente queda bloqueado. Aquí pudimos y eso nos enorgullece.

Avanzamos en la afirmación, que ya estaba en nuestro Estatuto, de la relevancia que tienen los derechos humanos para esta universidad al punto de crear una Comisión Permanente de Derechos Humanos a la que invitamos a luchadores probados por esos derechos para todos y que preside, para nuestro honor, el premio nobel Adolfo Pérez Esquivel.

Hemos tratado de mostrar, todos los que mencioné al comienzo, que es posible gobernar una universidad democráticamente y que la transparencia no afecta a la eficacia, ni a la eficiencia, ni lleva a la falta de decisión. Hemos sido transparentes, en particular en lo que tiene que ver con la siempre delicada situación de cómo se asignan los recursos. Los presupuestos han sido discutidos abiertamente y, crecientemente, en un contexto de reducción, la Universidad mostró –y el Consejo Superior en esto tuvo un papel fundamental– que éramos responsables, que se determinaban prioridades institucionales, que se tenían en cuenta los proyectos de desarrollo de distintas unidades, pero que cuando había que tomar decisiones que implicaban optar entre alternativas, ellas fueron tomadas desde la perspectiva del conjunto de la Universidad. Sabíamos que teníamos que responder con prioridad al crecimiento de la matrícula y a los compromisos en los que nos íbamos involucrando con la investigación y con los servicios en relación con la sociedad, y así fue hecho. Y también, hubo siempre un espacio para el crecimiento, el desarrollo, la creatividad de todos los investigadores-docentes de la Universidad.

El Consejo Superior tuvo una única sesión secreta y fue porque se consideraban temas interinstitucionales de máxima delicadeza, que tenían que ser tratados con mucho cuidado y queríamos que la gente pudiera hablar libremente, expresarse y tomar las decisiones, que luego fueron públicas. Todas las demás sesiones fueron abiertas, y todos los que quisieron pudieron ir y oír cómo se debatían en esta

universidad las cuestiones que afectaban a todos. No hubo arreglos previos ni suma calculada o inducida de votos antes de introducir temas en el Consejo Superior; las cuestiones fueron generadas, los temas y las propuestas desde el rectorado, desde los Institutos, desde las unidades de gestión fueron preparados y puestos a debate público. Creo que aprendimos mucho sobre la marcha y creo también que en eso nos ayudaron mucho las exigencias de los miembros del Consejo Superior, pidiendo que los temas fueran bien preparados, bien informados y presentados a tiempo. Muchas veces nos sorprendimos porque lo que creíamos que iba a tener un acuerdo fácil e inmediato era discutido, debatido y cambiado de sentido, y nosotros aprendimos que algunas de nuestras propuestas no eran correctas. El Consejo Superior fue un lugar de aprendizaje, fue un lugar de debate, y todos pudimos aprender de ello.

Hemos respetado la independencia de los claustros, no les hemos dicho a los claustros si tenían que organizarse o no, o cómo tenían que hacerlo. Hemos tratado, continuamente, de que cada claustro fuera definiendo su propia lógica y su propia manera de ser Universidad Nacional de General Sarmiento. Hemos avanzado en temas difíciles; se ha implementado una estructura organizativa del sistema de gestión y se ha reubicado al personal en una nueva estructura de puestos; esto ha sido hecho participativamente con el personal.

Se ha avanzado también en lo que tiene que ver con los concursos del personal no docente y docente, pero lamen-

tablemente en esto hemos estado limitados por cuestiones presupuestarias y no hemos podido avanzar más.

Hemos tenido que enfrentar situaciones difíciles, como el aumento explosivo de la matrícula que, más allá de los inconvenientes, se presenta como una muestra de que los ciudadanos quieren estudiar; y esto es un mandato para nosotros: debemos permitirles que puedan acceder a la mejor educación posible. Pero esta tarea hemos tenido que hacerla a medida que se iban reduciendo los recursos per cápita de nuestros alumnos, a un nivel que hace que hoy tengamos un sesenta por ciento de desfinanciamiento con respecto a los valores nominales que habíamos previsto que debíamos tener a esta altura del desarrollo de la universidad.

Desde el Rectorado hemos tenido que tomar decisiones con el Consejo Superior sobre cómo avanzar en todos los frentes de la Universidad; había que atender a la mayor matrícula; había que atender a la expansión de la oferta de materias a medida que se iba avanzando en los ciclos; había que seguir construyendo la infraestructura y había que atender las necesidades del personal que fue afectado por ese trece por ciento de recorte, que nos incluyó como empleados públicos. La Universidad creó un fondo de reparación salarial, en el cual se está avanzando –insatisfactoriamente, sin duda; pero se está avanzando–, en la recuperación de ese trece por ciento, y a su vez siguió adelante con las obras para que nuestros estudiantes, nuestros docentes-investigadores y nuestros no docentes puedan trabajar aquí, en este campus.

Habíamos dicho que íbamos a avanzar en la planificación estratégica y que esa iba a ser una innovación adicional de esta gestión. Lo intentamos, y lo hicimos junto con las universidades nuevas, intentamos decir “no queremos discutir año a año el presupuesto, queremos tener una visión a mediano y largo plazo, queremos tener un compromiso claro sobre qué vamos a hacer con esos recursos”. Lamentablemente, solo pudimos en lo interno hacer algo muy importante, que fue definir, con el Consejo Superior, los lineamientos estratégicos y ponerlos formal y públicamente como los lineamientos estratégicos de esta universidad. Pero no pudimos hacer una programación estratégica de largo plazo; pudimos sí empezar a tener la responsabilidad de saber que los compromisos presupuestarios para este año afectan al año que viene, y en eso la Comisión de Presupuesto (del Consejo Superior) jugó un rol muy importante al destacar la necesidad de tener en cuenta ese cálculo anticipado. Pero no pudimos ir más allá porque el Estado no fue más allá, porque seguimos todos los años ya no solo sin saber cuánto va a ser el presupuesto del año que viene, sino no sabiendo cuánto va a ser el presupuesto de este mismo año. Esa es una tarea pendiente a la cual voy a referirme más adelante.

Quisiera aprovechar aquí la presencia de un amigo de la Universidad y un funcionario que defiende la educación pública, el doctor Juan Carlos Pugliese, para insistir en la necesidad de que el sistema educativo en su conjunto reflexione sobre sus funciones, sus responsabilidades y su

futuro con un plazo más largo que la coyuntura inmediata; que justamente, como estamos en crisis, seamos convocados a definir qué clase de educación, de ciencia y de tecnología requiere este país para ser otro país.

Tuvimos la oportunidad que nos legó el rector organizador Roberto Domecq de innovar y de hacerlo responsablemente. Nosotros creemos haber cumplido, junto con todos los investigadores-docentes, los no docentes y los estudiantes, en la consolidación de la calidad de la educación, de la investigación y de los servicios de esta universidad; queda mucho por hacer, tenemos mucho por aprender y tenemos lecciones aprendidas que todavía no hemos podido concretar en nuevas prácticas.

Hemos quedado muy atrás en la necesidad de ampliar la oferta educativa de la Universidad por razones de responsabilidad, porque no teníamos la garantía de los recursos presupuestarios, pero alcanzamos a incorporar una nueva carrera, que es la licenciatura en Economía Política, que además, simbólicamente, implica que esta Universidad le está diciendo al sistema universitario: “piensen cómo están formando a los economistas, piensen qué clase de doctrinas están inculcando en los economistas”. Nosotros creemos que hay que formar otro tipo de economistas, que puedan pensar la sociedad, que puedan pensar a largo plazo y que puedan pensar políticas activas y no ser intérpretes de los informes financieros de las agencias internacionales. Están en marcha otros procesos de ampliación en los posgrados, hay ideas sobre una maestría en Economía Social, que ya

está en tratamiento, sobre una maestría en Mecatrónica; sobre una carrera en Política, otra en Ciencias Sociales, y otras más.

Hemos mostrado que es posible articular las universidades y cooperar; tuvimos la fortuna de compartir con la Universidad Tecnológica Nacional, en su sede de Pacheco, con la Universidad Nacional de Luján y la Universidad Nacional de San Martín, la creación de la red Unidesarrollo, que nos comprometió a trabajar juntas no solo a favor del desarrollo de la región, sino articulando crecientemente nuestros recursos y ofertas educativas en un territorio y para una sociedad que compartimos.

La comunidad local, la región y la sociedad fueron objetos de preocupación continua y de acción. Hemos seguido tejiendo y densificando las relaciones con las organizaciones sociales, con las organizaciones no gubernamentales, con el resto del sistema educativo; este ha sido un principio de la UNGS, nosotros somos corresponsables, con el resto del sistema educativo, del derecho a la educación de los miembros de esta sociedad.

Hemos avanzado en el área de la cultura y de los servicios, y en la creación de espacios donde los artistas y los distintos trabajadores de la cultura pueden encontrarse. Hemos intentado que, cada vez más, la Universidad sea un espacio público en el que se puedan analizar y debatir los problemas graves que enfrenta nuestra sociedad. Hemos visto y sufrido la crisis del Estado; el Estado y la sociedad parecen a veces algo que está ahí afuera, pero en realidad

son algo que nos atraviesa, nosotros somos una institución pública y la sociedad está aquí, aquí están nuestros estudiantes, aquí están nuestros docentes, aquí estamos nosotros, que somos parte de la sociedad.

Pero no podemos dejar de ver como algo relativamente ajeno el proceso de fragmentación, de debilitación del Estado: innumerables veces hemos intentado establecer acciones conjuntas promoviendo nuevas políticas; hemos firmado cantidad de convenios, pero muchos de ellos duermen en los cajones porque las personas que los firmaron ya no están y nunca pusieron en práctica lo que firmaron. El Estado nos atraviesa con sus malas políticas y, como entidad pública, hemos venido expresando nuestra crítica a esas políticas y proponiendo alternativas. Hemos confrontado, por lo tanto, el programa neoliberal, el mismo programa neoliberal que pretende construir un mercado global de servicios educativos y fragmentar el sistema educativo. Nuestra posición es que hoy, si queremos desarrollar este país, si queremos integrarlo para construir otro futuro, el sistema educativo debe ser la principal base, una base firme, para que todos los ciudadanos en este mundo de incertidumbres sepan que tiene sentido estudiar, que tiene sentido investigar y que estamos trabajando para el futuro. Vamos —como investigador en mi caso, pero sé que la Universidad va a continuar en esa línea— a seguir oponiéndonos a un programa de destrucción del sistema educativo.

La Asamblea Universitaria, el Consejo Superior, el Rectorado y toda la comunidad hemos defendido la gratui-

dad de la educación de grado, a pesar de la acción judicial impuesta por una –ahora ya lejana y vieja– gestión del Ministerio de Educación. Esperamos que esto sea finalmente revisado.

Quiero terminar, y seguramente voy a ser injusto, mencionado a algunas personas. No puedo mencionar a todos los que querría. Voy a mencionar a Cayetano De Lella y a Marta Mata, de cuya asesoría inteligente y comprometida se benefició este Rectorado; voy a mencionar a Carlos Rodríguez y a su equipo, que hicieron posible que la infraestructura creciera y se mostrara que, aun en situación de crisis, se puede hacer obra pública con austeridad; voy a mencionar a los secretarios José María Beltrame, Claudia Danani, Daniela Guardado, Estela Grassi, Nélica Ugrin y sus equipos, sin los cuales no hubiéramos podido cumplir las funciones adecuadamente; y quiero mencionar a esta extraordinaria vicerrectora, Susana Hintze, sin cuya persistente acción muchos de estos logros no hubieran sido posibles.

Finalmente, quiero decir que tuvimos el honor de asumir responsabilidades máximas en el desarrollo de esta universidad, universidad que queremos y que cuidamos. Y que hoy estamos presenciando un acto importante para ella porque estamos mostrando que la institución es más que las personas, que es importante la rotación de las personas en los cargos, que es importante demostrar que el proyecto institucional está encarnado en todos y cada uno, que es fundamental que las instituciones no queden pegadas a las personas, porque los estilos personales pueden volverse tics

institucionales, que es bueno que la creatividad de otros contribuya, que los estilos cambien, y que las instituciones queden.

Quiero, además, decir que tengo la satisfacción de que quienes van a ser el próximo rector y vicerrector, sean las personas que son. Silvio Feldman y Marcelo Fernández son personas que nosotros conocemos muy bien, que han jugado un papel significativo en esta universidad, que siempre han mostrado que están jugados por el proyecto institucional, que han sido críticos cuando tuvieron que ser críticos y que han sido constructivos todo el tiempo. Para mí, es una gran satisfacción poner en posesión del Rectorado y del Vicerrectorado a estos dos investigadores-docentes.

Muchas gracias.

